

[GERMAN REY]

EL CUERPO DEL DELITO

Autor: Germán Rey*

Ciudad: Colombia, 2005

Producción: Centro de Competencia en Comunicación
para América Latina,
www.c3fes.net.

ISBN 958-8101-24-7

Agradecimiento: A Julián Penagos y a María Soledad García por su colaboración en la realización del presente estudio.

*Asesor de la Casa Editorial El Tiempo. Miembro del Consejo Asesor Internacional de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Profesor de posgrados en la Universidad Javeriana y la Universidad de los Andes. Miembro de la Comisión Bi-nacional Colombia-Venezuela. Ex-defensor del lector diario El Tiempo. Director de los estudios sobre Monitoreo del cubrimiento del conflicto en la prensa y la televisión colombiana. Participa en el Proyecto de Economía y Cultura - Convenio Andrés Bello. Autor de: *Desde las dos orillas* (1997); *Balsas y Medusas: Visibilidad, comunicativa y narrativas políticas* (1998); con Jesús Martín Barbero *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva* (1999); con Francisco Leal: *Discurso y razón. La historia de las ciencias sociales en Colombia* (2000); *Polifemo entre pucheros: La telenovela latinoamericana de fin de siglo* (2001); *Oficio de equilibristas* (2003).

Este texto puede ser reproducido con previa autorización con un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

“EL CUERPO DEL DELITO”
REPRESENTACIÓN Y NARRATIVAS MEDIÁTICAS
DE LA (IN)SEGURIDAD CIUDADANA

¿Es la (in)seguridad ciudadana un invento mediático o una realidad? La respuesta está en este estudio del contenido de los diarios latinoamericanos sobre el tema de seguridad ciudadana desde una perspectiva cotidiana del delito. ¿Qué hace la noticia del delito? ¿Cuáles son los temas? ¿Cómo es el tratamiento? ¿Quiénes actúan la inseguridad?

[9 países]

Una investigación realizada en Chile, Argentina, Brasil, Perú, Colombia, Venezuela, Salvador, Costa Rica, México

[14 periódicos]

Chile: El Mercurio / Argentina: El Clarín y La Nación / Brasil: La Folha de Sao Paulo / Colombia: El Tiempo y El Colombiano / Venezuela: El Nacional / México: El Universal / Perú: EL Comercio / Costa Rica: La Nación y La Prensa Libre / El Salvador: El diario de Hoy, El mundo y La prensa gráfica.

[795]

piezas periodísticas

[15 días]

Período analizado: Nov. 20 a Dic. 6, 2004

“Estoy fatigado de morir en los periódicos”

(Vicente Huidobro, “La flor encadenada”)

“Yo he sido un criollo gueno/ me llamo Andrés Arenas./ ¡Señor...
me traicionaban,/y los maté a los dos! / Mi china fue malvada,/mi
amigo era un sotreta/ cuando me fui a otro pago/ me basureó la infiel.
/Las pruebas de la infamia / las traigo en la maleta:/ ¡ las trenzas de mi
china/ y el corazón de él!”

(Tango “A la luz del candil”, Letra: Julio Navarrine, música: Carlos Vicente Gerona Flores)

[La historia]

En el siglo XXI la preocupación por la seguridad ciudadana recorre, con diferentes expresiones, todo el continente. El miedo se extiende, los medios de comunicación se han convertido en los evangelizadores del miedo, hablamos de los medios/miedos ciudadanos. El incremento de los crímenes, la aparición de nuevas formas de delincuencia, el fortalecimiento de determinados actores violentos, la inseguridad en las calles o la impunidad, han acrecentado la inconformidad social hasta el punto de que el tema de la seguridad es uno de los asuntos fundamentales de la agenda pública y además un motivo permanente de inconformidad, presión e inclusive protestas de la gente. La inconformidad se manifiesta en las encuestas, en las opiniones que se vierten en los medios de comunicación, como también en los foros y debates públicos más variados. Los medios de comunicación son uno de los actores fundamentales de la seguridad puesto que tienen la función de representar los conflictos que se viven en la sociedad, dan visibilidad a los diversos sujetos que intervienen en lo cotidiano desde individuos hasta grupos e instituciones sociales, crean atmósferas y contextos en que se inscriben los sucesos, ubican los acontecimientos dentro de imaginarios y particulares despliegues del tiempo y proveen a los lectores y a las audiencias de referentes de comprensión e interpretación de los fenómenos que se presentan a diario. Este texto presenta un ejercicio preliminar de lectura del contenido de 14 periódicos latinoamericanos en las noticias referidas específicamente a la seguridad ciudadana, centrando la mirada particularmente en los delitos y en la divulgación de las políticas públicas de seguridad.

[CONTENIDO]

CONTEXTO

LA RELACIÓN SEGURIDAD CIUDADANA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

1. Como un fantasma que recorre el continente	9
2. Variaciones de la seguridad y funcionamiento de los medios	14
3. Opinión pública, medios de comunicación y seguridad	18
4. La representación mediática de la seguridad	20
5. Prácticas y exploraciones del conflicto en los medios. La experiencia colombiana	23
6. “Las pruebas de la infamia, las traigo en la maleta”	26
7. La crónica roja en el pasado	27
8. Los miedos de la ciudad	29

TEXTO

REPRESENTACIÓN Y NARRATIVAS

MEDIÁTICAS DE LA (IN)SEGURIDAD CIUDADANA

1. Una aproximación a la representación mediática de la seguridad ciudadana en catorce periódicos latinoamericanos. Resultados estadísticos ...	32
2. Cuerpos anónimos, cuerpos lacerados	52
3. Un caso: Cuerpos, cifras y desamparo. La representación de la violencia en La Prensa Gráfica de El Salvador	55
4. El predominio del asesinato	56
5. Cuerpos caídos. La abundancia de la imagen	58
6. Las maras en el imaginario	60
7. La cronometría del crimen	62
8. Los imaginarios de la inseguridad	64

POSTEXTO

DESDE LOS MEDIOS Y EN INTERACCIÓN CON LA SOCIEDAD:

Alternativas de acción para el mejoramiento de la calidad informativa sobre los temas de seguridad ciudadana

1. Iniciativas para el mejoramiento de la calidad periodística	66
2. Iniciativas de interacción sociedad-medios de comunicación	68

[CONTEXTO]

LA **RELACIÓN** SEGURIDAD
CIUDADANA Y MEDIOS DE
COMUNICACIÓN

1. Como un fantasma que recorre el continente

La preocupación por la seguridad ciudadana recorre, con diferentes expresiones, todo el continente. En Centroamérica a través de la amenaza de grupos juveniles organizados como la Mara Salvatrucha o la 18 (pandillas de jóvenes de sectores populares), la percepción de las fronteras como lugares del crimen o los proyectos gubernamentales de Mano Dura. En México a partir del incremento de la delincuencia en la ciudad, en Colombia con su conflicto interno y la política de seguridad democrática del gobierno, las realidades de victimización e inseguridad urbanas y las propuestas de gestión pública que le dan gran importancia a la intervención social y a los proyectos de cultura ciudadana en Bogotá y Medellín. En Brasil son frecuentes los debates sobre la presencia de grupos delincuenciales ligados al narcotráfico en las favelas de Rio y en Argentina crece la preocupación de diferentes sectores de la sociedad por el incremento de la inseguridad urbana que ha dado lugar a amplias movilizaciones sociales, que enfrentan las políticas gubernamentales y las disposiciones jurídicas. En Chile el Informe nacional de Desarrollo Humano de 1.998 se dedicó a mirar la situación de seguridad de manera integral, mientras persiste el debate sobre las repercusiones de la represión de la dictadura en los entramados más profundos de la convivencia social.

Hay algunos temas que se mimetizan con el concepto más tradicional de seguridad nacional (por ejemplo, los conflictos internos o las disputas de la soberanía sobre las fronteras), pero muchos giran alrededor de lo que se conoce como seguridad ciudadana. Referidos casi siempre a lo urbano, los problemas de seguridad ciudadana tienen que ver con el crecimiento y la diversificación de los delitos, la aparición de actores delincuenciales implicados en antiguas y nuevas formas de violencia, el aumento de la percepción de inseguridad, la impunidad y el miedo. La seguridad ciudadana también se asocia a los temores que provoca lo otro, lo diferente, desde ciertas manifestaciones de los jóvenes, hasta el encuentro con grupos étnicos diferentes.

En una encuesta de victimización realizada en Colombia en el 2004, se le preguntó a los entrevistados de varias ciudades, las razones que explicarían la sensación de inseguridad que sufren a diario y señalaron principalmente la poca policía y la existencia de grupos delincuenciales como los dos temas centrales. Sólo en Medellín, la ciudad que ha registrado en el pasado los índices más altos de criminalidad en el país y en la región, se anota que la inseguridad se debe fundamentalmente a las noticias que difunden los medios de comunicación.*

* Los índices de criminalidad en Medellín han ido descendiendo vertiginosamente

¿Hay acaso diferencias entre la representación que hacen los medios de la violencia en Medellín con otras ciudades? No parece ser así, por lo menos en lo que se refiere a la prensa escrita según queda relativamente claro en nuestro estudio sobre la representación del conflicto interno colombiano en las páginas de 13 periódicos¹. Inclusive El Colombiano, que es el periódico emblema de la ciudad y por mucho el más leído, tiene un enfoque muy interesante del cubrimiento informativo de la guerra. Es posible entonces que el papel de los medios se asocie al seguimiento de otras formas de violencia, como por ejemplo, la realidad de las comunas, el sicariato, los ajustes de cuentas o los delitos callejeros. O que haya una especie de sedimentación de la experiencia de violencia vivida en el pasado por los ciudadanos y ciudadanas de Medellín, durante el auge del cartel de Medellín que aún pese sobre las percepciones actuales de la inseguridad. Esta hipótesis parece consistente cuando se revisa el estudio que realizaron Villa, Sánchez y Jaramillo (2003). “El narcotráfico –dicen- ha dejado huellas físicas y mentales en los habitantes de Medellín, marcando un antes y un después tajante. A él se hace referencia desde diferentes anclajes sociales y culturales, convirtiéndose en un hecho vinculante, unidad en la designación del hecho más doloroso que golpeó la ciudad, pero también, el que más ha profundizado percepciones en torno a las cuales se construye un nosotros y un otro peligroso”.²

El incremento de los crímenes, la aparición de nuevas formas de delincuencia, el fortalecimiento de determinados actores violentos, la inseguridad en las calles o la impunidad, han acrecentado la inconformidad social hasta el punto de que el tema de la seguridad es uno de los asuntos fundamentales de la agenda pública y además un motivo permanente de inconformidad, presión e inclusive protestas de la gente. La inconformidad se manifiesta en las encuestas, en las opiniones que se vierten en los medios de comunicación, como también en los foros y debates públicos más variados. Se puede afirmar que en todos los países del continente la inseguridad es una de las cuestiones más candentes, que además entrelaza la vida privada con la esfera pública. Los linchamientos ocurridos en México y en Perú, las manifestaciones contra el secuestro en Colombia o la movilización social tras el asesinato del joven Alex Blumberg en Argentina, son tan sólo algunas muestras de los caminos que ha tomado la protesta contra la inseguridad en la región. Las encuestas

¹ Calidad informativa y cubrimiento del conflicto, Germán Rey (Director) Bogotá: Proyecto Antonio Nariño, 2004.

² Rostros del miedo, Marta Inés Villa, Luz Amparo Sánchez Medina y Ana María Jaramillo Arbeláez, Medellín: Corporación Región, 2003.

de opinión detectan este problema y las campañas de los políticos la afirman como una prioridad de su gobierno.

Hay un desbordamiento de los canales institucionales tradicionales ocasionados por la desconfianza ciudadana, la percepción de ineficiencia y la sensación casi completa, por una parte de impunidad y por otra, de desvalimiento. En varios países las propias autoridades, especialmente las policiales, se hallan involucradas en la comisión de delitos, mientras que los niveles de demanda judicial son preocupantemente bajos.

Como se observará más adelante, la transformación de las ciudades y la reconfiguración de los lazos sociales, los sentidos de pertenencia y el significado de las regulaciones, han influido notablemente en los modos de convivencia. “Cuando tanto los sectores populares como las capas medias (por razones diferentes y desigualmente fundadas) sienten que el Estado ha dejado de darles la seguridad que, por definición, le toca garantizar, se debilitan los motivos de pertenencia que, en la tradición filosófico-política y sus narraciones fundadoras, sustentan el contrato de producción de lo estatal” escribe Beatriz Sarlo en “Violencia en las ciudades”³.

Y es precisamente el estado uno de los primeros que sufre los movimientos de la inconformidad ciudadana ante la inseguridad. Hasta tal punto que para muchos gobiernos el tema se convierte en uno de los pilares de su gobernabilidad y en motivo permanente de la evaluación ciudadana de su gestión. En su obra “En busca de la política”, Zygmunt Bauman afirma que “desde ya más de una década, las promesas de ser implacables ante el delito y de aumentar el número de criminales condenados a muerte han figurado de hecho como primer tema de los programas electorales, independientemente de la denominación política del candidato. Para los políticos actuales o aspirantes, el fortalecimiento de la pena de muerte es el billete ganador de la lotería de la popularidad. Inversamente, la oposición a la pena capital implica el suicidio político”⁴

La comunicación es una dimensión central de los problemas de la seguridad.

Por varias razones. Una primera tiene que ver con el propio hecho delictivo y sus repercusiones en la sociedad. El crimen es un acontecimiento que sobresalta y rompe los cánones de la convivencia, pero que también se difunde velozmente y

³ El texto de Beatriz Sarlo está en el libro *Tiempo presente*, publicado por Siglo XXI en Buenos Aires en el 2001.

⁴ Zygmunt Bauman, *En busca de la política*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002, páginas 20 y 21.

tiene un efecto de reconocimiento generalizado. El atraco en la calle o el secuestro “express” entran a formar parte de un imaginario de inseguridad que atemoriza y previene a muchos ciudadanos. Pero no todo es comunicación en el hecho delictivo. Si precisamente algo preocupa es el ambiente de inseguridad, confusión y desinformación que rodea a esta clase de sucesos: las versiones se contradicen, los actores se difuminan o incluso no aparecen y las motivaciones no siempre son explícitas. Cuando se revisan las notas periodísticas se encuentra que la información casi siempre tiene zonas grises, partes perdidas del rompecabezas. Pueden ser los móviles del delito, la hora en que fue cometido, la identidad del victimario o de la víctima, el lugar de los hechos. Las suposiciones se toman el texto y las versiones entretejen la trama borrosa de la narración, así como en el género policial el enigma forma parte central del conflicto. ¿Pero cuánto enigma soporta la sociedad? Lo que en la novela o en el seriado televisivo se resuelve con relativa presteza, en la información periodística queda relegado a una nota incompleta de coyuntura o a un relato por entregas que se va desarrollando a medida que emergen nuevas pruebas o va evolucionando la investigación y el juicio. Los casos de O.J. Simpsons, Robert Black o Michael Jackson en los Estados Unidos son tres buenos ejemplos de las relaciones entre relato, ficción y espectáculo en la cobertura informativa de delitos. No siempre los delitos se resuelven y posiblemente la impunidad es una de las experiencias más letales para acrecentar la percepción social de inseguridad. En América Latina los delitos que se denuncian no son todos los que se cometen y muchos de los que se cometen nunca serán castigados.

Una segunda razón es la importancia de la comunicación para los actores más directamente involucrados en los asuntos de la seguridad ciudadana. El carácter simbólico que rodea sus acciones es múltiple y muy fuerte: un crimen puede producir repercusiones sociales inmediatas y con una duración consistente. Lo saben los políticos a quienes los discursos sobre seguridad tienden a elegirlos y las realidades de inseguridad a hacerlos tambalear. Por eso se han aumentado las tensiones entre gobernantes y medios, sobre todo cuando estos últimos, difunden noticias o informes sobre el crecimiento de la delincuencia, las exigencias de los ciudadanos y la ineficacia de las medidas adoptadas por las autoridades. También lo saben los criminales, sobre todo aquellos que necesitan visibilidad, ya sea para que se conozcan sus demandas o para que se amedrente a la ciudadanía.

Los actores de la seguridad y la inseguridad de la seguridad son tan variados como las posibles causas que las explican. Los medios de comunicación son uno de los fundamentales puesto que tienen la función de representar los conflictos que se viven en la sociedad, dan visibilidad a los diversos sujetos que intervienen en lo cotidiano desde individuos hasta grupos e instituciones sociales, crean atmósferas

y contextos en que se inscriben los sucesos, ubican los acontecimientos dentro de imaginarios y particulares despliegues del tiempo y proveen a los lectores y a las audiencias de referentes de comprensión e interpretación de los fenómenos que se presentan a diario.

En “Violencia en las ciudades”, Beatriz Sarlo escribe que “en sociedades mediatizadas la esfera comunicacional procesa los datos de la experiencia, los refuerza o los debilita, operando con o contra ellos, aunque es raro que pueda contradecirlos abiertamente salvo en la ficción e, incluso en este caso, según ciertas reglas. Los medios informan sobre aquello que sucede más allá de los límites de la experiencia vivida. Configuran una esfera pública global y una esfera de saber. En el mismo tiempo, en el caso de la violencia urbana, representan una esfera judicial en el sentido de una acción teatral”.⁵

Esfera pública y saberes, teatro y escena, intervienen en la representación de la seguridad. Pero a la vez, las cosas se cuentan de cierto modo, obedecen o se apartan de esquemas previsibles, insisten en la tensión o en el suspenso, se emparentan con el folletín o se entrecruzan con la lección moral o la novela policíaca. Como se observará más adelante, en la representación mediática de la seguridad no cambian tanto los delitos como la forma de presentarlos.

Llama la atención que mientras la confianza en la televisión se desbarranca en los análisis de las instituciones, en algunos casos se le atribuya a los medios el poder de influenciar directamente en la sensación ciudadana de inseguridad. La gente tiene cada vez menos confianza en los medios aunque resultan claves a la hora de conformar las percepciones más corrientes sobre la inseguridad.

Mientras que son numerosos los trabajos sociológicos o criminológicos sobre la seguridad, son muy pocos los textos que exploren el problema desde la comunicación y especialmente desde los medios.⁶ Lo que aquí se trata de hacer es una puesta en escena preliminar de los entrecruces entre seguridad y medios de comunicación en varios sentidos que se analizarán a continuación. La operación de los medios

⁵ Beatriz Sarlo, *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores, 2001.

⁶ Deben destacarse los trabajos de Stella Martini y Damián Fernández en Argentina, los estudios realizados por el Centro de Estudios de seguridad ciudadana de la Universidad de Chile y el Centro de Estudios de seguridad ciudadana de la Universidad Cândido Méndez de Rio de Janeiro, las investigaciones coordinadas por Rossana Reguillo (Guadalajara) en varios países y los monitoreos llevados a cabo por el periódico *El Tiempo* en Bogotá, *La Prensa Gráfica* de San Salvador y el proyecto Antonio Nariño de Bogotá.

es fundamentalmente una operación simbólica; y si hay algo a lo que remite la seguridad e inseguridad, el miedo y la desconfianza, es precisamente al campo de los imaginarios, al mundo de las representaciones y los símbolos.

2. Variaciones de la seguridad y funcionamiento de los medios

En la introducción al libro “Los rostros del miedo” se lee que “La inclusión de temas como la violencia, la criminalidad o la inseguridad -frente a los que pareciera haber una cierta unanimidad al valorarlos como fuentes del miedo- en las agendas globales de gestión urbana tiene que ver con las estadísticas que a diario se producen sobre estos fenómenos, con la manera como la gente percibe y vive en su cotidianidad estos problemas y con la escenificación que diariamente se hace de ellos a través de los medios de comunicación. Es en el intercambio de estos relatos que emergen determinadas denominaciones sobre lo peligroso y amenazante”⁷

Vida y percepción, estadísticas y escenificación mediáticas se resaltan como centrales en la estructuración del relato sobre la inseguridad y consecuentemente en la producción social del miedo. Las estadísticas, por ejemplo, son fundamentales en la narración de la violencia urbana. Provenientes de los registros que hacen las autoridades, las cifras se mezclan indiscriminadamente en el discurso de los gobernantes, las protestas de los ciudadanos y los relatos de los medios. Lo que en la realidad tiene visos de tragedia y marca duramente la experiencia cotidiana, la cifra se convierte en un referente de las acciones delincuenciales y los programas de seguridad de los gobiernos. La estadística asume artificialmente la diferencia y la singularidad de cada acontecimiento violento acumulando en un solo índice lo que es plural y diverso. La historia se vuelve evolución del dato y las intensidades de los conflictos se miden por descensos y ascensos dentro de escalas de tiempo. Para el gobernante la cifra es una confirmación de la eficacia o el fracaso de sus medidas, para la ciudadanía una comprobación explícita de la atmósfera de seguridad o inseguridad que vive y para los medios de comunicación un signo de énfasis o resaltamiento de sus narraciones informativas; la estadística criminal tiende a convertirse en un fetiche. El termómetro del delito que montó el alcalde Giuliani en Nueva York o las cifras que día a día publica La Prensa Gráfica en El Salvador

⁷ Rostros del miedo, Marta Inés Villa, Luz Amparo Sánchez Medina y Ana María Jaramillo Arbeláez, Medellín: Corporación Región, página 15.

buscan ubicar el tema de la seguridad en la agenda pública y convertir los datos en un verificador de los aciertos, o por el contrario, en un testimonio de los fracasos.

Las formas de violencia se han diversificado en nuestras sociedades mientras se acrecienta la relación entre la vida urbana y los problemas de la seguridad. No es que en el campo no hayan sucedido y continúen sucediendo hechos de violencia. No. Inclusive algunos de los acontecimientos más terribles de nuestra historia se han vivido en él. Desde la defenestración de la conquista hasta guerras intestinas que sacudieron la aparente placidez de lo rural. Pero los fenómenos de seguridad se vinculan mucho más con las transformaciones de la ciudad y los cambios en los modos de habitarla. Los medios, en particular, se han centrado en la figuración de lo urbano, entre otros motivos, porque ellos surgieron y se desarrollaron a la par de las modificaciones de la ciudad. Las clases de delitos, los actores delincuenciales, los sistemas de represión y control están relacionados con los ritmos de la vida en la ciudad, las topologías de los miedos (hay por ejemplo, zonas de la ciudad o grupos de habitantes de la ciudad claramente señalados como propensos o generadores de violencia) y las expulsiones urbanas.

La discusión sobre las relaciones entre medios y violencia es tan abundante como diversa. Una primera perspectiva reúne el conjunto de estudios, con diferentes metodologías y enfoques, que intentan explicar la influencia que los medios pueden tener en los comportamientos violentos. Se trata entonces de observar a los medios como potenciales generadores de violencia. La numerosa literatura existente no coincide. Se podría afirmar que en un polo explicativo estarían quienes defienden la influencia y en otro quienes sostienen su inocuidad.

Y entre estos dos polos fluctúan las explicaciones. Desde aquellas que se inscriben dentro de la teoría del aprendizaje observacional, hasta las que sostienen que los medios pueden influir si hay exposiciones continuadas a determinados mensajes o si en el receptor existen determinadas condiciones de predisposición que los hacen mucho más vulnerables a los efectos de los medios. Damián Fernández⁸ habla de teorías de efectos a largo plazo y teorías de efectos a corto plazo. Menciona **la teoría de los efectos generalizados del estímulo que propone una relación causal, de tipo conductista entre comunicación y violencia y que sostiene que la exposición a estímulos agresivos puede elevar la susceptibilidad de una persona, mediante la excitación de los componentes fisiológicos y emocionales que aumentan la predisposición a tener comportamientos violentos.** En las teorías de los efectos a

⁸ La violencia del relato. Discurso periodístico y casos policiales, Buenos Aires: La Crujía Ediciones, 2001.

largo plazo se afirma que los cambios de actitudes se producen como efecto de la acumulación; la teoría de la desensibilización parte de la hipótesis de que la exposición frecuente e intensa a contenidos violentos conduce a una aceptación gradual de la violencia como algo natural y la teoría de la catarsis argumenta que el observar violencia sirve como válvula de escape y disipa el deseo de agredir. Sin embargo frente a las teorías inscritas en la hipótesis de los efectos están las que insisten en la actividad del receptor, en las relaciones complejas entre los sujetos y los textos. La violencia no sería algo que se inoculara a través de los medios, de una manera unilateral, sino el producto integrado de muchas dimensiones de la experiencia humana: la historia personal, el tipo de relaciones que se han tenido a lo largo de la vida, el contexto de desarrollo, el sentido de futuro, los procesos de identificación.

Una segunda perspectiva del estudio de las relaciones entre comunicación y seguridad es el análisis de las formas de representación y narración a través de las cuales los ciudadanos perciben y comprenden los acontecimientos vinculados con la seguridad. Dentro de esta perspectiva los medios de comunicación son centrales. Diariamente se encargan de presentar hechos delictivos de diferente naturaleza, procesos de represión contra los criminales llevados a cabo por las autoridades, expresiones de la sociedad contra el crimen y la inseguridad, manifestaciones de las políticas de Estado -ya sean nacionales o locales- con las cuales se busca garantizar la seguridad de los ciudadanos. No hay día en que no aparezcan en las páginas de los periódicos, los programas de radio o las emisiones de televisión información sobre los temas de seguridad y que muchas veces su reiteración genere un determinado clima que puede ser de intimidación o de prevención, de estigmatización o de reproche. Se puede establecer una tipología de las atmósferas que eventualmente crean los medios en su seguimiento de los acontecimientos relacionados con la seguridad y las violencias. Hay anotaciones descriptivas de los hechos, lógicas narrativas emocionales y sensacionalistas, creación de personajes prototipo, secuencias informativas desde que el delito se comete hasta que es sancionado por las autoridades. Las funciones de los medios frente a la seguridad son variadas. Los hay que moralizan, que señalan o que aconsejan. Que piden endurecer las medidas represivas e inclusive saltar todos los principios garantistas.

Al destacar el papel de los medios, Beatriz Sarlo resalta su presentación de un registro documental de la violencia y su ubicación discursiva del lado de las víctimas. En cuanto a lo primero señala que la crónica televisiva llega hasta el extremo de que ya no hay cortes “y las secuencias son prolongadas, con alzas y bajas de la tensión narrativa”. En cuanto a lo segundo, “los medios se colocan del lado de las víctimas, en el sentido de que ellas, las víctimas no están interesadas en la construcción de un caso judicial con todas las garantías procesales y probatorias para los presuntos

delinquentes, sino que reclaman un castigo directo y sumario... Frente a una justicia que debe ser invariablemente garantista, los medios audiovisuales son práctica y teóricamente antigarantistas. Se comportan como víctimas, aunque no lo sean. Lo que en las víctimas es comprensible dada su situación de indefensión, en los medios es agitación antiinstitucional. Las víctimas le piden al Estado lo que éste debe dar, seguridad, y lo piden como pueden. Los medios tienden a colocarse en el lugar imaginario de una de las esferas del Estado, la de la justicia, y no pueden ni impartir justicia ni garantizar seguridad y, a demás, no cumplen con su tarea de informar razonadamente”⁹

Una tercera perspectiva analiza la importancia de los procesos de comunicación dentro de los proyectos de seguridad. Mas allá de las tradicionales oficinas de prensa o de imagen, la comunicación es fundamental en un replanteamiento democrático del enfoque de la seguridad, afirmado sobre la participación de la ciudadanía, el fortalecimiento de la deliberación social y el diseño de gestos de convivencia que no estén afianzados en la sobrevaloración de la represión y el control. En el enfoque represivo, la comunicación se convierte en información oficial, unilateral y formalista. No importan tanto los canales de interacción de la comunidad con las instituciones del Estado, sino la información como forma de delación y de control de los unos sobre los otros. El ciudadano es convertido en informante y la comunicación en un procedimiento fundamentalmente estratégico. Por eso la información se vuelve comunicado oficial, generalmente de las autoridades, adoptando muchas veces un lenguaje militarista y estereotipado o claramente retórico.

En las propuestas de cultura ciudadana como las que se han desarrollado en Bogotá en los últimos años, la comunicación se vuelve dispositivo simbólico para la participación, proceso de aprendizaje social, oportunidad de generar espacios de conversación social no intimidantes sino creativos y solidarios. La comunicación, dentro de este enfoque, se propone el intercambio de experiencias y significados socialmente construidos, la recuperación de la memoria social y la interlocución ciudadana de los actos de los gobernantes. Muchos de los problemas de seguridad se producen cuando la sociedad se disuelve, cuando se cortan los flujos de comunicación y colapsan los sentidos que cohesionan la pertenencia a un grupo, a una comunidad.

⁹ Beatriz Sarlo, *Tiempo presente*, Buenos Aires. Siglo XXI Editores, página 65.

3. Opinión pública, medios de comunicación y seguridad

Es evidente que existe una entrada de los temas de seguridad a la opinión. Pero no lo es que exista una opinión pública sobre la seguridad. Sobre todo si ésta se entiende como espacio de argumentación, de acceso libre a puntos de vista en competencia y lugar de controversia y conversación de los ciudadanos. Generalmente sobre los temas de seguridad -como lo observaremos más adelante- hay una fruición del registro, pero una notable falta de análisis, una aproximación emocional a los hechos y una ausencia de densidad en la discusión de las causas o en la evaluación ponderada de las consecuencias.

Más que una versión continua de la opinión pública sobre la seguridad se tiene una opinión casi siempre sobresaltada, poblada por hechos que sobrecogen por la capacidad agresiva de los delincuentes, su cinismo o la ausencia de toda expresión de compasión. Una opinión vertiginosa que no alcanza a sedimentar lo que pasa, ni mucho menos a intentar explicaciones de lo que acontece. Los hechos impactan por un tiempo y después se desvanecen en el olvido, porque la opinión sobre la seguridad está hecha de memorias de corto plazo, de estrategias de suspenso y narrativas exaltadas, más que de memorias de largo plazo o del despliegue racional de argumentos.

Refiriéndose a la violencia en Colombia, Daniel Pécaut escribe que lo que existe es “el desasosiego de la opinión frente a los problemas más agudos de las drogas y el de la guerrilla. Un desasosiego que a menudo se parece a un verdadero renunciamento”¹⁰. El mismo autor insiste en otros aspectos. En primer lugar, en una dislocación de la opinión que reside en el hecho de que las acciones ordinarias de crueldad no llaman más la atención, es decir, en que las sensibilidades se están embotando. “Es necesario –dice- que las acciones sean particularmente espectaculares para suscitar un sobresalto. En la opinión se establece una especie de clasificación oficiosa, fundada no solamente en la cantidad de víctimas, sino también en la trama supuesta en la que se inscriben”. De esa manera unas son vividas como coherentes a las interacciones estratégicas normales (por ejemplo ajustes de cuentas entre narcotraficantes) y otras, asociadas a interacciones estratégicas excepcionales (magnicidios).

¹⁰ “Presente, pasado y futuro de la violencia” En: Análisis Político, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, N° 30, Enero- Abril de 1007, página 27.

Mientras que en países con bajos promedios de homicidios por habitantes, los medios se solazan describiendo las circunstancias de un crimen o cubriendo todas las incidencias del juicio a un criminal hasta que el juez respectivo dicte su sentencia, en otros, el homicidio deja de ser un acontecimiento al que se le presta gran atención y la mirada se dirige hacia los delitos más truculentos o execrables.

Durante un reciente intercambio cultural entre la ciudad de Buenos Aires y la ciudad de Medellín, el escritor argentino Martín Caparrós se preguntaba porque en una ciudad como la suya, en que los porcentajes de homicidios por cien mil habitantes son bajos, hay tan alta percepción de inseguridad ciudadana, mientras que en Medellín, una de las ciudades que ha tenido índices alarmantemente altos de homicidios su gente se siente segura. En efecto, en una reciente encuesta de victimización, la ciudad colombiana en que sus habitantes se sienten más seguros es Medellín (50%) seguida por Bogotá (30%) y Cali (28%). En esa misma encuesta se comprueba que el atraco en la calle es la forma más habitual de delito y que los porcentajes de no denuncia alcanzan el tope de los 70 puntos porcentuales. La razón para no denunciar es “que las autoridades no hacen nada”, lo que reafirma lo escrito por Susana Rotker cuando afirma que “La sensación de desvalimiento se ve agravada por la impunidad en los crímenes que no se reportan”¹¹

La policía y los jueces están en el primer lugar de la clasificación de hechos de corrupción según autoridad. El desconsuelo de los ciudadanos y ciudadanas se aumenta al comprobar que algunos encargados de administrar justicia son precisamente los que están engarzados en tenebrosas redes de corrupción.

Quizás una respuesta a Caparrós esté en la opinión de Sarlo quien dice que los argentinos no comparan el crecimiento de la inseguridad con relación a lo que sucede en otras capitales de América Latina, sino con su propio registro histórico. Que si bien es bajo comparativamente si se ha incrementado porcentualmente de manera significativa en los últimos años. En cambio el de Medellín va a la baja.

Las incertidumbres de la opinión ante la inseguridad residen también en el hecho de que el origen de muchas acciones delictivas nunca es dilucidado. Si la opinión pública no existe es que la violencia generalizada, con sus múltiples dimensiones, tiene como consecuencia “desrealizar la realidad”. Como lo ha reiterado Pécaut en

¹¹ Susana Rotker, *Ciudadanas del miedo*, Caracas: Nueva Sociedad, 2000, página 7

varios trabajos, la opinión está en definitiva en el mismo caso que las poblaciones directamente sometidas a la violencia. Aquellas no están en capacidad de elaborar su experiencia como parte de una historia común. “Los microrelatos no se insertan en un relato de conjunto. La violencia afecta la posibilidad de poner en sentido a la sociedad”.¹² La conclusión de Pécaut no deja de ser interesante. Ante todas estas ausencias, la única representación colectiva de la violencia es mítica.

Una dimensión importante para el estudio de la construcción de la opinión pública sobre la seguridad es la amplia interacción que existe hoy, y que es difundida por los medios, entre los enfoques y temas de la seguridad global y las situaciones locales. En un estudio realizado sobre la representación de los conflictos en las fronteras centroamericanas (2004)¹³ se encontró una noticia con despliegue en varios periódicos del aparente ingreso de un terrorista de Al Qaeda al istmo, que parecía una evidente invención con un objetivo de alarma y que además fue respaldada por el Ministro del Interior de uno de los países. En el mismo estudio se constató (por lo menos en la muestra analizada) que el foco de la representación mediática de las fronteras centroamericanas no eran los conflictos limítrofes existentes, sino el peligro representado por las pandillas y el temor a los emigrantes y que por otra parte, las fronteras -como lo ha señalado Alejandro Grimson- son reconocidas como espacios “calientes”, como lugares del crimen.

Estas estigmatizaciones no son infrecuentes en las representaciones sobre la seguridad-inseguridad que componen la opinión pública. Como no lo es el señalamiento de los jóvenes, especialmente pobres, como criminales potenciales.

4. La representación mediática de la seguridad

Los estudios tradicionales sobre la violencia en los medios han sido superados por otros acercamientos y otros encuadres. Una de esas vertientes más contemporáneas y sugerentes es la de las exploraciones sobre la construcción social del miedo. Los trabajos de Rossana Reguillo, las investigaciones de Villa, Sánchez y Jaramillo y las lúcidas y premonitorias reflexiones de Susana Rotker, son sin duda avances muy significativos en

¹² Daniel Pécaut, artículo citado, página 28.

¹³ Germán Rey, “Los conflictos en las fronteras. La representación mediática de los conflictos fronterizos en Centroamérica”. Trabajo preparado para la Reunión Técnica Centroamericana, “Diferendos limítrofes y desacuerdos fronterizos: ¿Pueden también los medios de comunicación atenuar las tensiones entre países vecinos?” organizada por la UNESCO y la Cátedra UNESCO sobre Libertad de Información con sede en la UDELAS, Panamá, 6 y 7 de Septiembre de 2004.

esta dirección. Todas las autoras confirman la importancia de los medios, escapándose, por supuesto de las analogías simplistas entre violencia y medios que pertenecieron a la tradición relativamente superada de las teorías de los efectos.

“Los problemas de inseguridad -anotan Villa, Sánchez y Jaramillo- se han convertido en una fuente generadora de múltiples miedos en diversas ciudades del mundo. Basta una ojeada a los titulares de primera plana en ciudades tan disímiles como París, Buenos Aires, Nueva York, Río de Janeiro o Medellín para constatar la alarma que generan los robos, crímenes, violaciones, paseos millonarios, secuestros o atentados terroristas. A ello se suma la divulgación de diagnósticos y datos estadísticos que refuerzan la visión de un crecimiento incontrolado de la criminalidad y por lo tanto una percepción agravada de la amenaza que representan”¹⁴

Entretanto, Susana Rotker convoca en su libro “Ciudadánías del miedo” tanto a teóricos como a narradores, particularmente cronistas de medios, a aproximarse, cada uno desde su especificidad al estudio de la generación de los miedos en las ciudades contemporáneas.

“Las crónicas -y en parte allí se encuentran la extraordinaria importancia de las que se dedican a la violencia-, equivalen a la urgencia e ingenio de respuesta que suele tener el relato oral, aunque sólo en el sentido que se le está dando en este texto: en la crisis del significado que produce la violencia, los saberes marginales y orales empiezan a tejer nuevas redes de representación, dentro de las que entran a la vez la prensa y los medios de comunicación con su tendencia a magnificar o distorsionar la aprehensión de lo real y, al mismo tiempo, siendo el único espacio público que recoge una cierta representación de lo cotidiano. Las crónicas de la violencia no organizan ningún sistema de coherencia; aún dándole la voz normalmente a los que no la tienen, no logran normalizarlos, apropiándose los en el orden de la escritura y en el orden del pensamiento. Les dan voz y rostro, pero hacerlo no produce el cortocircuito que otros textos de este orden no convencional podrían sugerir. El espacio de la crónica es el del periodismo: su condición híbrida le permite tener un valor de autonomización en el sistema de representación, pero a la vez lleva la carga del espacio donde es publicada, es decir, el de la prensa como vehículo de intercambio y de identificación, constructor y difusor de discursos y simbolizaciones”¹⁵.

¹⁴ Rostros de miedo, Medellín: Corporación Región, 2004, página 26

¹⁵ Susana Rotker, Ciudadánías del miedo, Caracas: Nueva Sociedad, 2000, página 11.

Diferentes en sus interpretaciones, la cita de Villa, Sánchez y Jaramillo destaca la importancia de los medios en la percepción de la amenaza de la inseguridad. Hacen a la vez una precisión clave: la inseguridad y su percepción social, generan miedo.

El análisis de Rotker sobre la crónica -ese “cuento que es verdad” según diría Gabriel García Márquez- la emparenta con la oralidad y con los nuevos tejidos de la representación. El comentario boca a boca que tiene tanta importancia en la narración social de la seguridad, puesto que la inseguridad ha tocado a todos, tiene en la crónica una forma de presentación de lo cotidiano que además posee la propiedad de “contar”, de transformar los hechos en historias, en relatos de la experiencia. Y la experiencia es probablemente una de las claves de la narración de la seguridad. Lo que se cuenta se ha vivido o lo han vivido otros como nosotros. A esta unión de medios, experiencia, oralidad y miedos, se refiere Rossana Reguillo: “Creo que los medios, especialmente la televisión, han sido capaces de recuperar el “habla mítica” del pueblo, en el sentido de jugar con las ganas de experiencia, con la necesidad de un mundo trascendente que esté por encima de lo experimentado y que sea, paradójicamente, experimentable a través del relato de los miedos en los medios. Por ello, pienso, lejos de debilitarse, los miedos se fortalecen en la ampliación sobrecogedora de su narración mediática”¹⁶

En lo que el cronista cuenta nos podemos ver reflejados, no como una premonición sino como una constatación, menos fría y más dicente que las estadísticas, uno de los lenguajes que se han tomado la representación de la seguridad. “El saber “racional” sobre la violencia -anota Rotker- está naciendo en parte, si se lo ve de esta manera, de los relatos, de la subjetividad”¹⁷

En la presentación de la Antología de las grandes crónicas colombianas, compilada por Daniel Samper Pizano destacaba precisamente que su historia se abría y se cerraba con terribles figuraciones de la violencia. “Hay algo que me sobresaltó al terminar la lectura del libro de Daniel Samper: el comienzo y el fin, las dos primeras crónicas y las dos finales son narraciones escalofriantes en que la violencia pareciera apoderarse de nuestro destino como sociedad. En la primera, Pedro de Espinosa habla del oro de Buritaca; en la segunda Pedro de Heredia les cuenta a los reyes sus peripecias con los indios. Lo que me llama la atención es que Heredia siempre los trata de convencer y estos siempre le huyen. Los indios son los que nunca vuelven,

¹⁶ Rossana Reguillo, La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas, En: Susana Rotker, Ciudadanía del miedo, Caracas: Nueva Sociedad, 2000, página 195.

¹⁷ Susana Rotker, opus cit, página 12.

los que siempre huyen. Pero lo hacen porque perciben con claridad las verdaderas intenciones que se esconden detrás de la “bondad” amañada del conquistador. Hasta que éste, finalmente cansado con tanta necedad, con tanto indio desconfiado, “creyéndoles poner temor híceles poner fuego”. El libro se cierra con dos crónicas extraordinarias y también terribles: “Los Rojas murieron de muerte natural” de Eduardo Caballero Calderón y “La noche quedó atrás” de Hernando Téllez. El fuego de los conquistadores sobre los pueblos de los indígenas abre un libro que cierra el fuego y la revuelta del 9 de abril”.¹⁸

Los medios de comunicación son, entonces, uno de los lugares de representación y narración de la seguridad a través de la figuración del delito y los delincuentes, de la expresión de las reacciones de las instituciones del Estado y la sociedad civil, de la divulgación y debate de las políticas públicas creadas para enfrentar el problema y de los procedimientos para su manejo social y político.

Aunque la seguridad no se circunscribe a la acción delincencial, sino que se extiende a un concepto mucho más integral donde uno de los elementos cohesionadores es la convivencia ciudadana, la vida común en la ciudad, es muy frecuente encontrar que los medios de comunicación enfatizan fundamentalmente la visión criminal. Entre otros motivos, porque el crimen tiene la condición de excepcionalidad que la noticia requiere para llamar la atención de los lectores y las audiencias. Ambos, crimen y noticia participan paradójicamente de algo común: de la irrupción que sobresalta las continuidades de la vida cotidiana.

5. Prácticas y exploraciones del conflicto en los medios. La experiencia colombiana

En los últimos años se ha generado un debate relativamente amplio sobre el papel de los medios en la representación del conflicto armado colombiano. Investigaciones y discusiones públicas, alianzas institucionales e iniciativas de formación, componen un horizonte -el periodístico- interpelado en el centro de su propia tarea -la construcción de información- alrededor de un tema clave no sólo para los medios, sino especialmente para la sociedad: la guerra.

Las violencias en Colombia son de diferente naturaleza; mientras algunas de sus expresiones más graves están vinculadas con el conflicto interno, otras, por el

¹⁸ Germán Rey, “Escribir es poblar”. Presentación de la Antología de grandes crónicas colombianas (I) Daniel Samper Pizano, 2003, (inédito)

contrario, tienen que ver con fenómenos de delincuencia común. Incluso se afirma que los segundos reportan muchas más víctimas que las primeras. Hay también hechos criminales que ocupan un umbral en que se encuentran la confrontación bélica y la acción de delincuentes comunes, como en el caso por ejemplo, de los secuestros operados por bandas de los segundos que venden sus víctimas a frentes de la guerrilla.

Los paramilitares, las guerrillas, los narcotraficantes, los políticos corruptos y las bandas de delincuentes comunes, componen el panorama de los grupos delincuenciales más importantes y a los que se les atribuye el mayor número de delitos que se cometen en el país.

Varios estudios han tratado de analizar el funcionamiento de los medios ante la violencia, por lo menos desde tres perspectivas. En una primera, los textos periodísticos son la unidad de análisis; se trata, por tanto, de percibir sus formas de representación del conflicto, las estructuras narrativas utilizadas, las fuentes de legitimación de lo dicho. En una segunda, la mirada se posa en las prácticas periodísticas, es decir en los procesos que están presentes en la construcción de la información sobre la violencia, como por ejemplo, las rutinas periodísticas, los procedimientos de decisión interna de la noticiabilidad, las asignaciones dentro de la redacción, las relaciones con los editores y los dueños. En una tercera, se exploran las percepciones de los lectores y las audiencias, las diferencias entre la agenda real y la agenda deseada, sus prácticas de consumo.

En general los estudios han detectado problemas en el número y la calidad de las fuentes, en los procesos de verificación y contraste de la información, en la memoria de los acontecimientos y en la reconstrucción de las realidades de las víctimas. Pero también se han encontrado problemas en las relaciones con las fuentes, en los mecanismos internos de decisión sobre los enfoques y encuadres de las noticias y en el predominio del registro noticioso sobre otros géneros que son muy poco utilizados.

Entre las tendencias más persistentes en la representación del conflicto los estudios señalan las siguientes:

La fruición del registro. Las cuestiones de la seguridad se han convertido en uno de los temas centrales de los medios. En “El conflicto armado en las páginas de El Tiempo” (2002), se encontró que el 21% del periódico estaba dedicado a noticias referentes a confrontaciones bélicas, secuestros, toma de poblaciones, masacres y procesos de negociación política. Pero lo que se destaca es que la narración de todos estos hechos se hace a partir de la noticia, y entre ellas, de las breves. Existe una suerte de sobre imposición de hechos delictivos que se acumulan unos sobre

otros y que apenas dejan tiempo para distinguir entre ellos y menos para hacerles un seguimiento mucho más riguroso y menos frenético.

Los acontecimientos sin memoria. Una de las características de la información sobre temas de seguridad es la ausencia de una memoria que permita reconstruir un relato continuo y coherente. Cada hecho es a la vez nuevo e inmediatamente viejo, sorpresivo pero a la vez reiterado y sin importancia. Una vez ocurridos los hechos se ejerce una especie de clausura sobre ellos, de cierre que los niega. De esta manera lo que los televidentes o los lectores van recordando son unos esquemas genéricos del crimen: delincuentes expuestos a las cámaras tratando de ocultar su identidad, lugares con los rastros del crimen, cuerpos anónimos, armas decomisadas exhibidas al público, prisiones atestadas de presos casi siempre hacinados y algunos amotinados.

La ausencia de contextos. Una de las críticas más frecuentes a la cobertura informativa de la seguridad es la descripción de hechos sin contextos, de acontecimientos sin procesos. De esa manera los sucesos aparecen desprovistos de referencias, ya sean históricas, geográficas o culturales.

Los crescendos emocionales de las narraciones. Una particularidad de la representación del crimen es su uso de estrategias narrativas como el suspenso, el énfasis en el perfil de los protagonistas, los tonos emocionales de lo narrado, la composición dramática del conflicto. En las transmisiones televisivas hay desde dramatizaciones, hasta tratamientos melodramáticos de la inseguridad. Sobre este aspecto habla Carlos Monsiváis. En “Ciudadanía y violencia urbana: pesadillas al aire libre” escribe que “La estructura del entendimiento de la violencia urbana, se ha dado, a través de la experiencia personal, de la conversión de la suma de experiencias colectivas e individuales, en determinismo, y de la versión de algún modo literaria, que convierte a la violencia en melodrama. Ciertamente los discursos, los reportajes, los análisis académicos, están teñidos de melodrama o formados en ese género literario o paraliterario. Así la imagen de la ciudad indefensa, como el cuerpo atado de la víctima que espera la puñalada. Así las metáforas de las novelas de folletín del siglo XIX en torno de los asaltables, es la categoría con que la mayoría aunque no use la palabra se describe a sí misma. Así, la idea de nuevos crímenes y nuevas formas de violencia”¹⁹

¹⁹ Carlos Monsiváis, Ciudadanía y violencia urbana: pesadillas al aire libre En: Ciudadanías del miedo, Susana Rotker, Caracas: Nueva Sociedad, 2000, página 231.

La opacidad de los hechos. La transparencia no es precisamente una característica de los hechos delictivos, rodeados de zonas ocultas, personajes en las penumbras, motivos desconocidos y huellas desaparecidas. A esta atmósfera opaca se suma muchas veces el manejo de la información con sus versiones a medias, sus relatos rotos, sus énfasis injustificados o la manipulación desde los intereses. Este carácter ambiguo, confuso, es muy importante para estudiar la información sobre los temas de seguridad y encontrar estrategias serias de tratamiento por parte de comunicadores y periodistas.

La criminalización del “otro”. Al recorrer los textos mediáticos es posible percibir desde la estereotipia del crimen y del criminal, hasta las formas de discriminación con las que se miran determinados sectores de la sociedad, grupos excluidos, poblaciones que se denominan como “vulnerables”. Hay unos ciertos a priori de las noticias que juegan poderosamente en la reconstrucción del crimen y en la escenificación de los quiebres de la convivencia: la vida en los barrios populares, los migrantes, los jóvenes desempleados y pobres, los grupos marginales (por ejemplo, drogadictos o mendigos).

La sobre valoración de lo inseguro. Una de las críticas más frecuentes a los medios es la creación de sensaciones de inseguridad, generando alarma, dándole un excesivo protagonismo a los victimarios, destacando lo execrable de los hechos.

6. “Las pruebas de la infamia, las traigo en la maleta”

Existen rasgos comunes en el panorama de la seguridad ciudadana en América Latina. Los delitos son bastante similares, concentrados fundamentalmente en el homicidio, el hurto a personas, los delitos sexuales y el secuestro, así sus contextos, causas, porcentajes y tasas de crecimiento sean muy diferentes; la sensación de inseguridad, por su parte, es muy fuerte en algunos países y genera preocupaciones a ciudadanos y gobiernos. Sin embargo, las formas de representación mediática de la seguridad y sus procedimientos narrativos difieren radicalmente. El paisaje tiene similitudes, pero su dibujo, su cartografía, es sensiblemente diferente.

Como lo señala Elías Carranza (2004), la frecuencia delictiva en América Latina es más alta, está en ascenso y se ha agravado a partir de los años 80. Según el mismo autor, en la última década “se registra un incremento de las tasas de delito contra la propiedad y contra las personas, así como modalidades de mayor violencia y uso de armas al cometerlos”. Mientras crece el secuestro, particularmente el llamado secuestro “express” en Argentina, México o Colombia, los delitos sexuales clásicos

(estupro, violación, abuso deshonesto) registran un incremento estadístico, según algunos por la reducción de la “cifra negra” u oculta.

7. La crónica roja en el pasado

Hay entonces diferencias y transformaciones importantes en la representación informativa de la seguridad en los periódicos latinoamericanos.

Una primera es el lugar y la forma de construcción de las noticias de seguridad. Se ha pasado de la crónica roja o del periodismo de baranda al periodismo judicial y el cambio no es de poca monta; en realidad, se han transformando las expectativas de la sociedad sobre el delito, la naturaleza de las fuentes, el procesamiento de la información que se divulga, las modalidades de los crímenes, el perfil de los actores y las interacciones entre el delito y otras esferas de la información.

El delito ha aumentado asombrosamente en las últimas décadas y la sociedad no cesa de mostrar su temor y desaprobación; las fuentes de la información se han institucionalizado y la propia información se ha convertido en una dimensión clave de las políticas de seguridad, la visibilidad de crímenes y criminales y las protestas de la ciudadanía. “A medida que se consolidan los gobiernos civiles -dice Elías Carranza- la exposición de los funcionarios públicos en la prensa aumenta, y en alguna medida la impunidad es menor” (2004: 55). Los crímenes han variado también y hay algunos que aparecen con más frecuencia en las páginas de los periódicos o en los noticieros de televisión; por ejemplo, los juicios a gobernantes y políticos, los procesos por corrupción, los delitos asociados al narcotráfico y los delitos económicos.

En el fondo hay una profunda transformación de la sociedad en que se cometen los delitos, así como una variación radical de la vida urbana a la que hoy suelen estar asociados y las formas como se narran públicamente. El periodismo de baranda respondía a sociedades más pequeñas, en que las ciudades eran abarcables y las noticias, de un asesinato o de un robo, resultaban sorprendidas y excepcionales. El crimen rompía la monotonía de los habitantes de la ciudad y los medios competían con la murmuración y el chisme. Pero, poco a poco, las ciudades fueron creciendo, se tornaron más complejas e inabarcables, se rompieron los lazos tradicionales de vecindad y la anomia reemplazó a la cohesión social. Si en el pasado las ciudades eran de conocidos, las urbes empezaron a entronizar el desconocimiento, la distancia.

La ciudad del pasado podía ser aprehendida por sus habitantes, mientras que la del presente apenas es reconocida en los lugares más próximos. Hay zonas enteras de la ciudad que sus habitantes nunca conocen y que se convierten casi siempre

en referencias imaginarias, algunas determinadas precisamente por su peligrosidad. El periodista de la crónica roja recogía sus casos con un trabajo de campo que se parecía mucho al del detective, y como éste, era una suerte de outsider, de extraño. La excepcionalidad del acontecimiento permitía que se compusiera un relato extendido, donde los indicios, el pasado, la situación de la víctima, los motivos del delito o la descripción interior del victimario eran importantes. En la ciudad, en cambio, la baranda desapareció y el trabajo de campo se fue disminuyendo paulatinamente porque la información se atiene a la formalización del delito, es decir, al denso engranaje de la investigación criminal, mediada por instituciones como las fiscalías, los jueces, los organismos de seguridad o la policía. La pesquisa directa del crimen, especialmente del asesinato, ha sido reemplazada por la versión indirecta y oficial del delito, por la mediatización del crimen. En cambio otras clases de delitos, como por ejemplo los económicos y la corrupción, atraen a los periodistas investigativos mucho más que los delitos comunes, posiblemente por sus tramas, más amplias y más extendidas en la sociedad (generalmente se involucran políticos, empresarios y hasta gente de la farándula). El narcotráfico vincula franjas enteras de la sociedad que unen a gobernantes con policías, reinas de belleza con traficantes de armas, delincuentes comunes con equipos de fútbol.

Las secciones de justicia trabajan fundamentalmente a partir de los informes, boletines y hasta noticias filtradas por ese entramado institucional, que además genera en muchas ocasiones relaciones de dependencia con los periodistas. Se pueden obtener datos si se cumplen ciertas reglas de relación con las fuentes. Los informantes ya no son los de los bajos fondos, sino los que descubren las artimañas de los delincuentes de “cuello blanco”.

La excepcionalidad del delito se convierte en el ambiente delictivo en el que viven inmersos los ciudadanos. Los crímenes que narraban los cronistas de la crónica roja dejaron de ser hechos excepcionales para convertirse en posibilidades que cualquiera podría vivir. Uno de cada cinco salvadoreños ha estado expuesto a situaciones de inseguridad de diverso tipo. Como lo recuerdan Villa, Sánchez y Jaramillo (2003) hasta mediados del siglo XX, el atraco en Medellín estuvo vinculado al tránsito por calles solitarias y mal iluminadas, pero su generalización y asociación con la muerte violenta “motivó su reconocimiento como primera causa de inseguridad urbana” (2003: 34). El crimen como hecho de excepción se ha cambiado por el delito como acontecimiento cotidiano. Si en el pasado el crimen narrado por los medios pertenecía a un mundo extraño, anormal, ahora salta al mundo cercano, a la experiencia normal. No haber sido asaltado, robado o agredido es una rara curiosidad y casi una temerosa premonición. Sin embargo, “Como las grandes ciudades están concentrando más de la mitad de los delitos en la mayoría

de los países, -escribe Susana Rotker- raro es el habitante de una de las grandes ciudades que no tenga ya un traumatizado relato acerca de agresiones varias y su lista de advertencias de cómo circular por las calles “cuando no hay más remedio”, es decir, todos los días”²⁰

Desde la orilla del periodismo se debe señalar que el trabajo sobre seguridad conlleva una serie de riesgos en la construcción de la noticia: uno es la premura para publicar lo que suele estar lleno de confusiones, primeras versiones, indicios para la investigación. Otro, la influencia desmesurada de la policía y el hecho de que hay que publicar relativamente rápido lo que generalmente es un proceso lento. “El policial es un relato sobre el crimen y la verdad”. Quizás en esta definición de Link esté condensada buena parte de las exigencias y las dificultades de representar mediáticamente un delito. Es, siguiendo su reflexión, la narración de un “enigma”. Y hay, por supuesto, mucha distancia entre los hechos de los que supuestamente hablan otras secciones del periódico y los enigmas. “Si hay verdad (y no importa de qué orden es esa verdad), debe haber alguien encargado de comprenderla y revelarla al lector. Es el caso del detective, un elemento estructural inevitable en la constitución del género. El detective, como señala Lacan, es el que ve lo que está allí pero nadie ve: el detective, podría decirse, es quien inviste de sentido la realidad brutal de los hechos, transformando en indicios las cosas, correlacionando información que aislada carece de valor, estableciendo series y órdenes de significados que organiza en campos”²¹. El problema es que los periodistas judiciales muchas veces se apegan a uno de los polos del conflicto que narran la ley y dejan a un lado el otro: la verdad. Que es menos taxativa y mucho más opaca.

8. Los miedos de la ciudad

Los cambios urbanos, las modificaciones consecuentes de los sistemas de control social y de justicia, el poblamiento por otros medios del paisaje mediático, la reasignación temática en las salas de redacción han cambiado radicalmente la representación y las narrativas del delito. Pero sobre todo han influido las modificaciones de la vida en la ciudad, que además necesita de los medios para aprehenderse cognitiva y emocionalmente, para guiar las orientaciones del ciudadano en sus mapas reconfigurados. “Hoy la ciudad se vive esencialmente a partir de lo que

²⁰ Susana Rotker, *Ciudadanía del miedo*, Caracas: Nueva Sociedad, 2000, página 10.

²¹ Daniel Link, *Cómo se lee*, Buenos Aires: Norma, 2003, páginas 103 y 104.

cuenta de ella en discursos y en imágenes -sostienen Sandra Gayol y Gabriel Kessler en la introducción de su libro “Violencia, delitos y justicias”- y no como ocurría por ejemplo en Buenos Aires a fines del siglo XIX, a partir de experiencias de encuentros y de comunicación en interacciones cara a cara. En la actualidad, los relatos sobre la ciudad provienen esencialmente de los medios masivos de comunicación, la prensa y la televisión, medios que como muestra Martini en su trabajo, construyen buena parte de su agenda de información periodística sobre la base del mundo del delito y del crimen. De este modo las interacciones están en buena medida prefiguradas por las imágenes mediáticas de aquellos con quienes nos cruzamos en la ciudad: intentamos saber de antemano la “peligrosidad” por sus rasgos, su sexo, su edad, su aspecto y su presunta ubicación social”²².

Jesús Martín Barbero ha escrito que no podemos comprender la envergadura de los nuevos miedos refiriéndolos únicamente al aumento de la violencia, de la criminalidad y de la inseguridad en las calles. Los miedos son expresión de lo que llama, “angustia cultural”, generada por la pérdida de arraigo colectivo en ciudades que destruyen todo paisaje de familiaridad, por la manera como la ciudad normaliza las diferencias y por el orden que impone la ciudad (Jesús Martín Barbero, 2000). Rossana Reguillo, a su vez, habla de miedo al desorden, a la desestructuración de lo conocido, al otro distinto, a la contaminación cultural y a la pérdida de la tradición (Reguillo, 2000).

También hay una representación periodística de la ciudad asociada al crimen, que conforma lo que diferentes autores han llamado, las cartografías del miedo. Carlos Monsiváis dice que “no se puede exagerar o minimizar el papel de la violencia urbana. Ha recompuesto, y con vandalismo, el mapa de la ciudad transitable, atrae la obsesión informativa de la sociedad entera, vuelve central el tema de la descomposición social” (“Notas sobre violencia urbana”, Letras Libres, México, página 39).

²² Sandra Gayol y Gabriel Kessler, *Violencia, delitos y justicias en la Argentina*, Buenos Aires: Manantial, 2002, página 15.

[TEXTO]

**REPRESENTACIÓN Y NARRATIVAS
MEDIÁTICAS DE LA (IN)SEGURIDAD
CIUDADANA (El estudio)**

1. Una aproximación a la representación mediática de la seguridad ciudadana en catorce periódicos de américa latina

El Centro de Competencia en Comunicación C3 de la Fundación Friedrich Ebert realizó una investigación de carácter exploratorio con una muestra al azar de los periódicos de América Latina, cuya primera intención era la consolidación de un “paisaje de tendencias”. El Estudio cubrió 9 Países: Chile, Argentina, Brasil, Perú, Colombia, Venezuela, Salvador, Costa Rica, México. 14 periódicos: Chile: El Mercurio / Argentina: El Clarín y La Nación / Brasil: La Folha de Sao Paulo / Colombia: El Tiempo y El Colombiano / Venezuela: El Nacional / México: El Universal / Perú: El Comercio / Costa Rica: La Nación y La Prensa Libre / El Salvador: El diario de Hoy, El mundo y La prensa gráfica. 795 piezas periodísticas durante 15 días entre el 20 de noviembre y el 6 de diciembre de 2004.

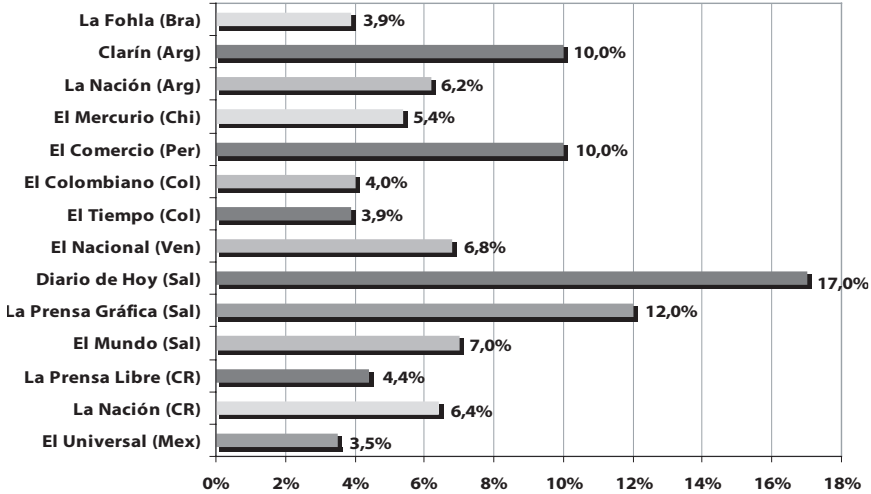
Se hizo una lectura del contenido de las noticias referidas específicamente a la seguridad ciudadana, centrando la mirada particularmente en los delitos y en la divulgación de las políticas públicas de seguridad. Es evidente que por las limitaciones de la muestra, los resultados son apenas pistas provisionales para un estudio mucho más detenido.

Periódico	No. Periódicos Analizados	Fechas
El Tiempo	15	20 nov – 15 dic 2004
El Colombiano	15	20 nov – 15 dic 2004
El Comercio	15	20 nov – 15 dic 2004
El Nacional	15	20 nov – 15 dic 2004
El Universal	6	26, 11 de nov 1,5,8,9, 19 de dic
El Mercurio	12	22,24,25, 26, de nov y 1,3,6,9,10 y 13 de dic.
La Nación	10	20,21,23,27,28 de nov y 2,3,4,5,6,7 de dic.
Clarín	11	20,21,23,27,28 de noviembre y 2,3,4,5,6,7 de diciembre.
La Folha	11	20,24,25,26,28,29 de dic y 2,6,9,10,12,16 de diciembre
La Nación de Costa Rica	15	20 de nov – 15 de dic de 2004
La Prensa Libre de Costa Rica	15	20 de nov – 15 de dic de 2004
El Mundo de El Salvador	15	20 de nov – 15 de dic de 2004
El Diario de Hoy (El Salvador)	15	20 de nov – 15 de dic de 2004
La Prensa Gráfica (El Salvador)	15	20 de nov – 15 de dic de 2004

TOTAL DE PIEZAS PERIODÍSTICAS ANALIZADAS 795

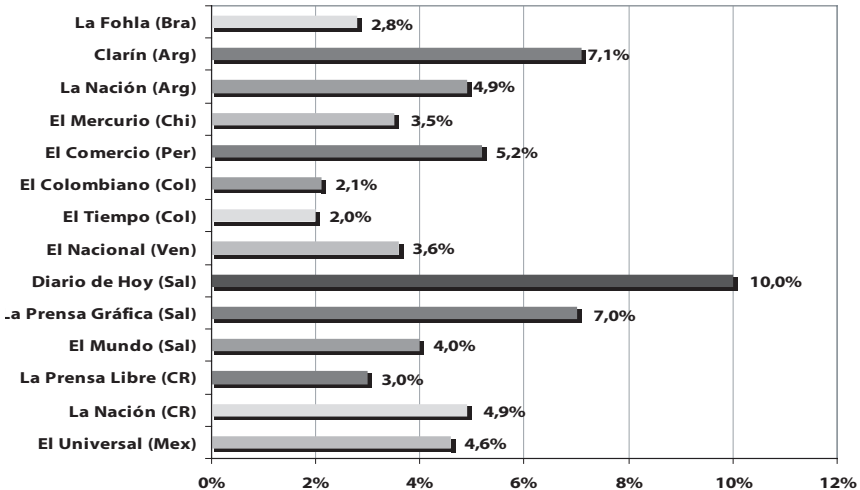
A. Construcción informativa

1. Promedio de Informaciones



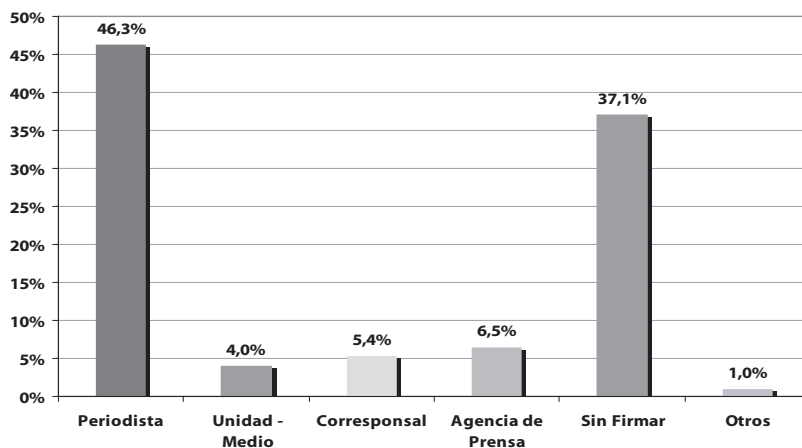
En el recuento de todas las informaciones registradas sobre inseguridad en el estudio, los diarios de El Salvador (Diario de Hoy y La Prensa Gráfica) marcan los mayores porcentajes, seguidos de Argentina (El Clarín) y Perú (El Comercio). Un dato interesante para analizar es el poco registro en México, Colombia y Brasil: ¿Tal vez en estos países existan problemas más graves que oscurecen los de inseguridad cotidiana?

2. Promedio de Informaciones Diarias



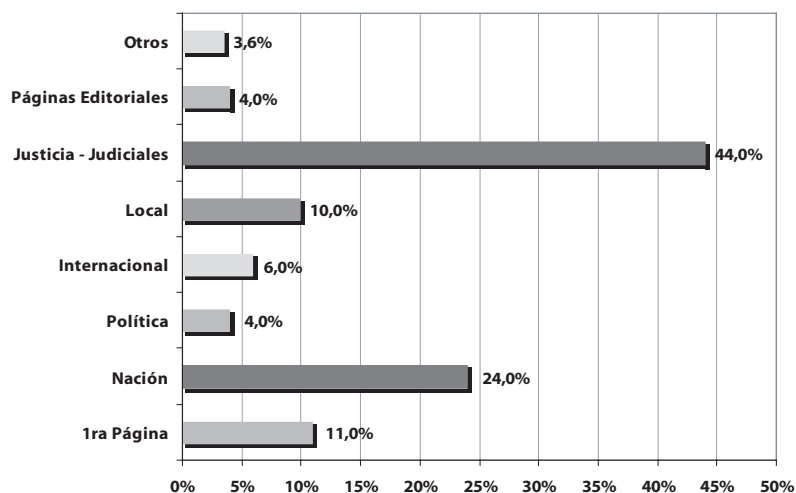
El Diario de Hoy de El Salvador registra el mayor número de informaciones diarias en el monitoreo, seguido del Clarín de Buenos Aires, La Prensa gráfica (nuevamente de El Salvador) y El Comercio de Lima. Llama la atención el bajo porcentaje de los periódicos colombianos en los que el delito común es cooptado por el desarrollo de la guerra.

3. Autoría de las Piezas Periodísticas



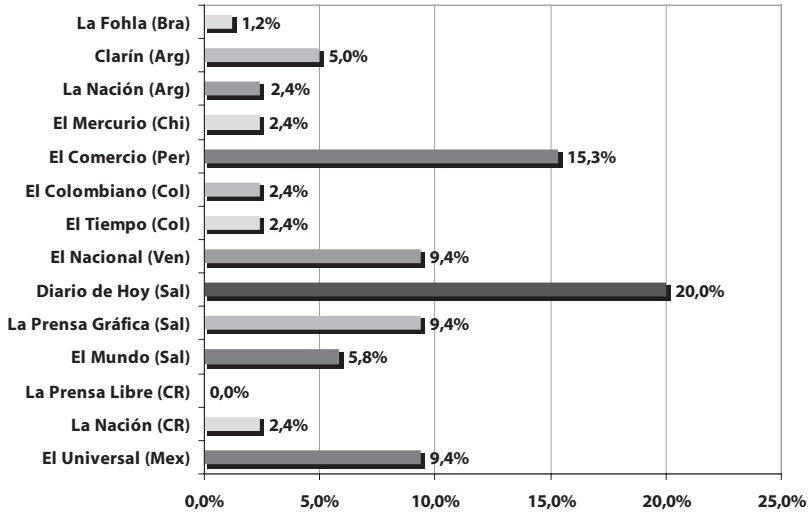
Los periodistas suelen firmar las notas, aunque es alto el porcentaje que no revela su autor y que podría estar asociado a políticas del medio o a percepciones de riesgo.

4. Ubicación de las Piezas según las Secciones



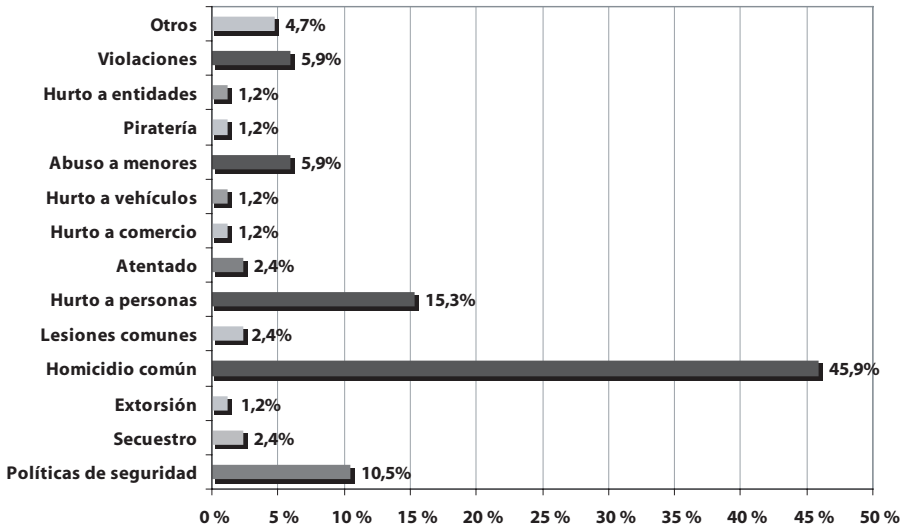
La sección de justicia es definitivamente la que recoge la mayor cantidad de noticias sobre seguridad ciudadana. Nacional asume normalmente la información regional y lo local cobra progresiva importancia. La proporción en primera página de las noticias de seguridad ciudadana es significativa.

5. Ubicación de la información en la primera página



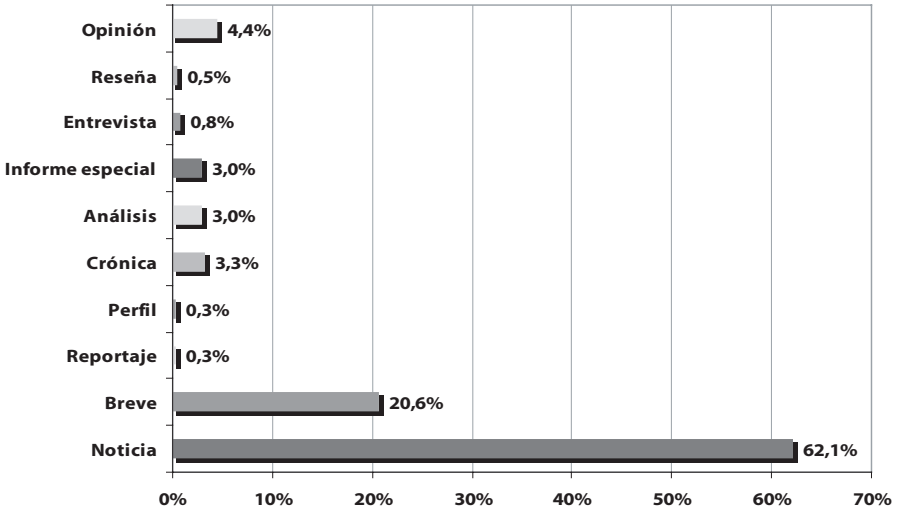
Los periódicos que tienen más información sobre seguridad no son necesariamente los que ubican esta clase de noticias en la primera página. Hay dos periódicos que cumplen estas características: el Diario de Hoy de San Salvador y El Comercio de Lima. Sobresale, sin embargo, El Nacional de Caracas.

6. Temáticas de la Información en la Primera Página de los diarios



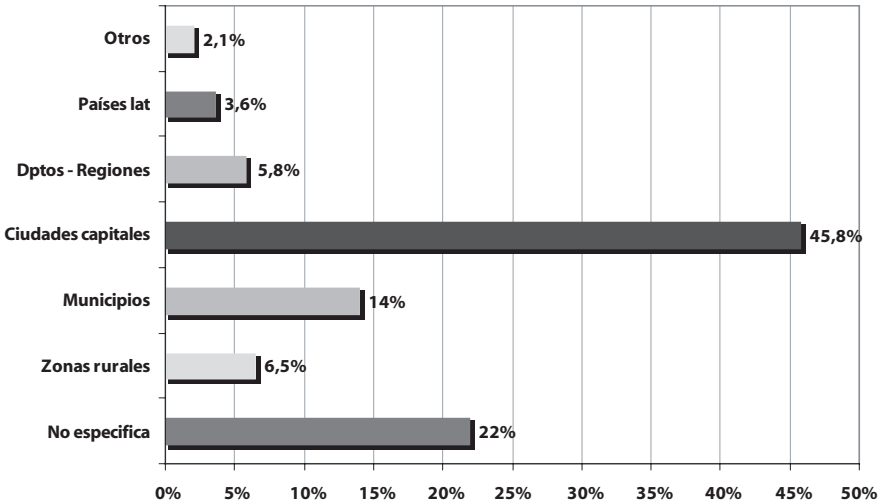
El homicidio común es el gran tema de la seguridad ciudadana en las primeras páginas de los periódicos analizados. A una importante distancia están el hurto personal y la divulgación de las políticas de seguridad. Las violaciones y el abuso de menores son también delitos que aparecen en el registro noticioso de la primera página.

7. Género de las piezas periodísticas



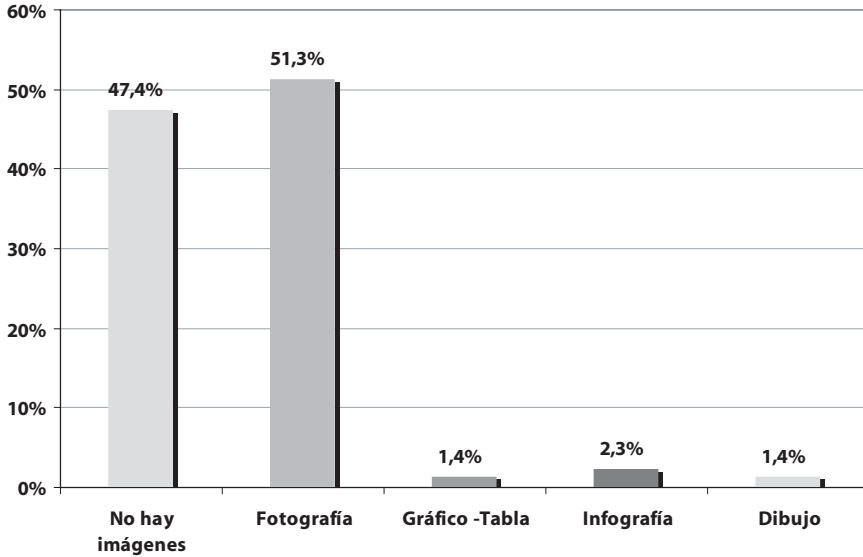
Como se ha constatado en otros estudios los géneros periodísticos también están concentrados en la noticia. Se echa de menos la presencia de otros géneros como la crónica, el reportaje o el análisis.

8. Epicentro de los acontecimientos

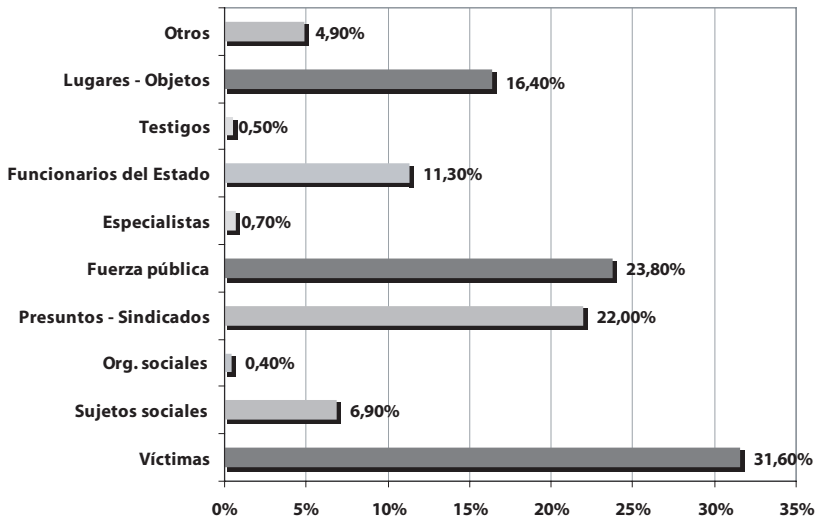


Los acontecimientos presentados por los periódicos suceden fundamentalmente en las grandes ciudades. El escenario es, entonces, fundamentalmente urbano.

9. Recursos visuales



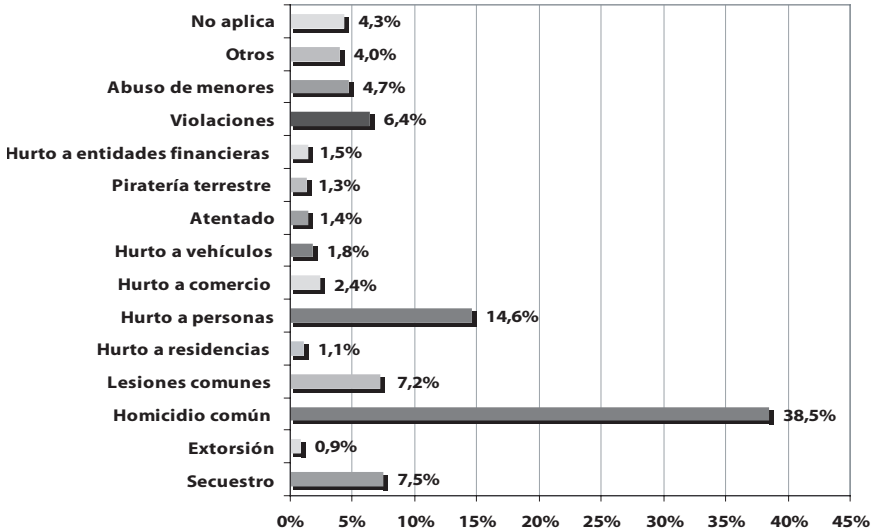
10. Sujetos de las imágenes



Aunque a veces aparecen iconografías acompañando la información sobre delitos, la expresión visual más utilizada es la fotografía. Que además en algunos casos, tiene un papel protagonista y no meramente ilustrativo. Las víctimas ocupan el primer lugar en esta iconografía del delito. También llama la atención que la fuerza pública aparece con un alto porcentaje, indicando la fuerte oficialización de la información y la institucionalización de las fuentes.

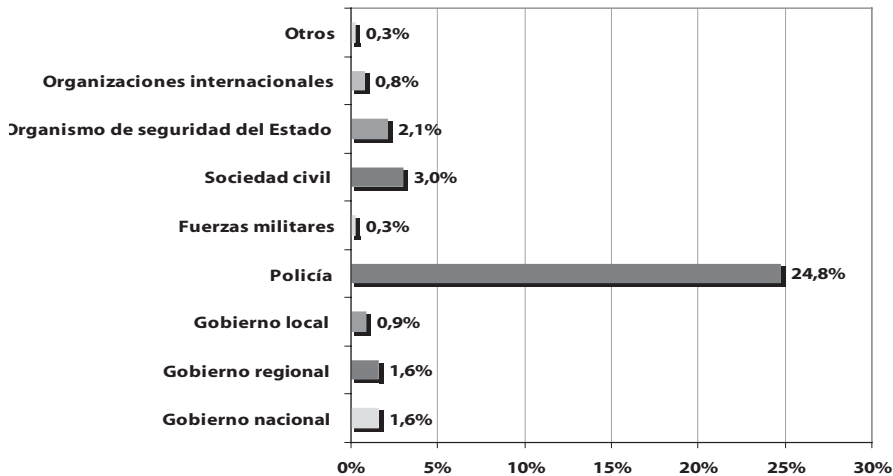
B. Asuntos de la información

11. Temática de la información



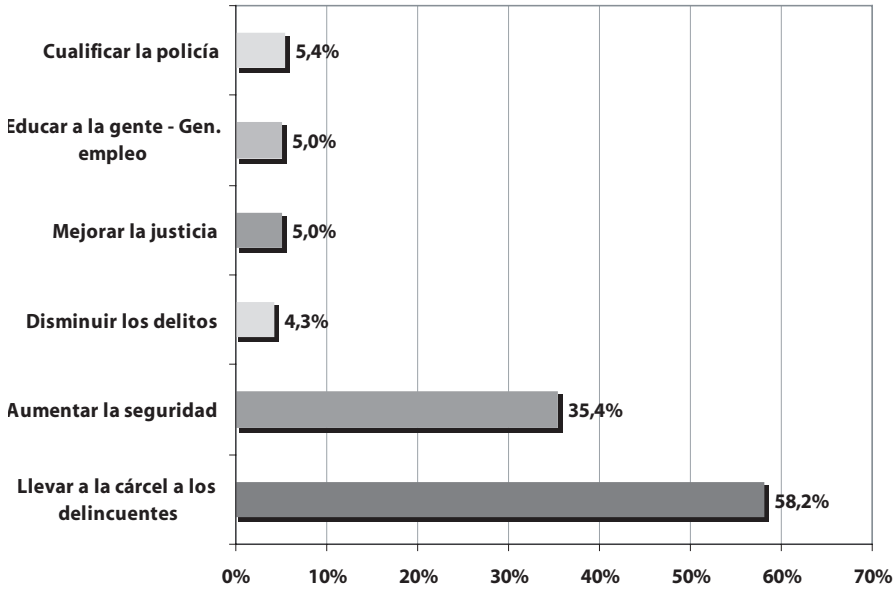
El homicidio, el hurto a personas y los delitos sexuales ocupan los primeros lugares en la información periodística de la seguridad ciudadana. El secuestro ha ido acrecentando su presencia en los medios.

12. Promotores de las políticas de seguridad



Las políticas de seguridad están en manos de la policía. Llama la atención, sin embargo, la poca presencia mediática de la sociedad civil y de los gobiernos nacionales y locales.

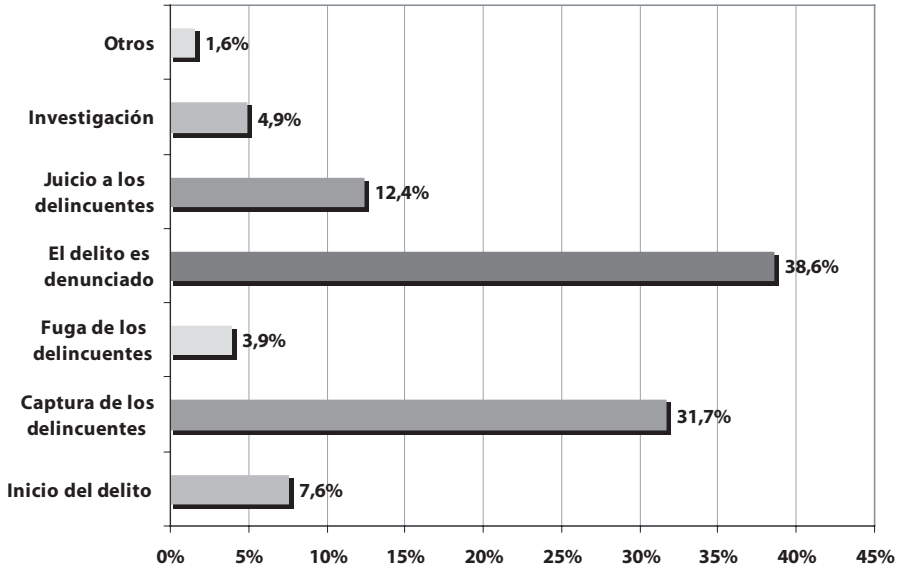
13. Temáticas de las políticas de seguridad



“Llevar a los delincuentes a la cárcel” es el centro de las políticas de seguridad presentadas por los periódicos analizados, mientras que educar, mejorar la justicia o generar empleo aparecen francamente desdibujados.

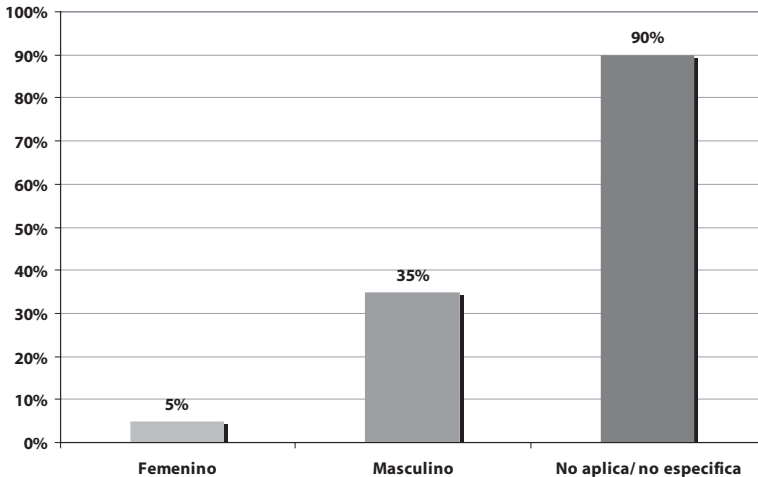
C. Caracterización del delito y sus protagonistas

14. Momento en que se presenta el delito



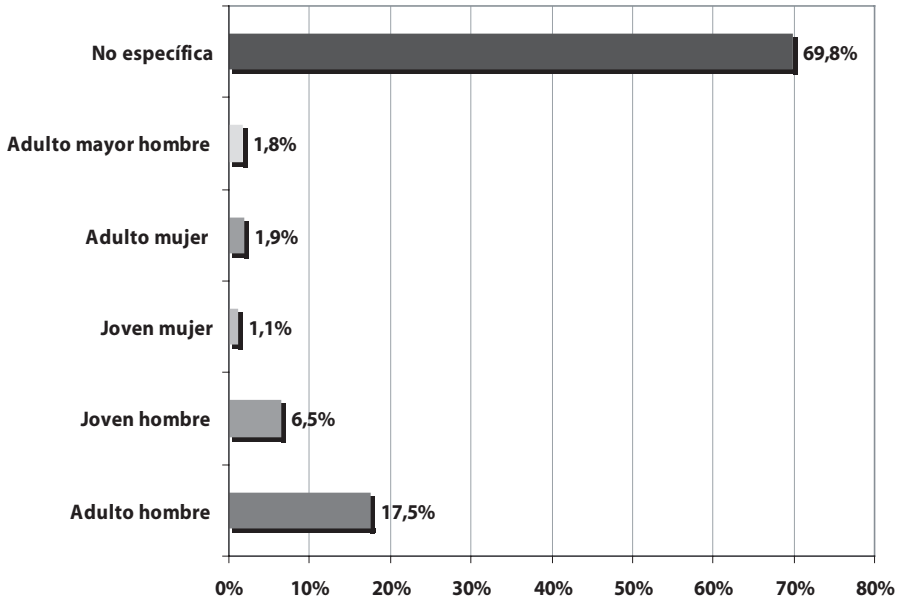
15. Promedio de edad del victimario 31 años

16. Sexo del victimario

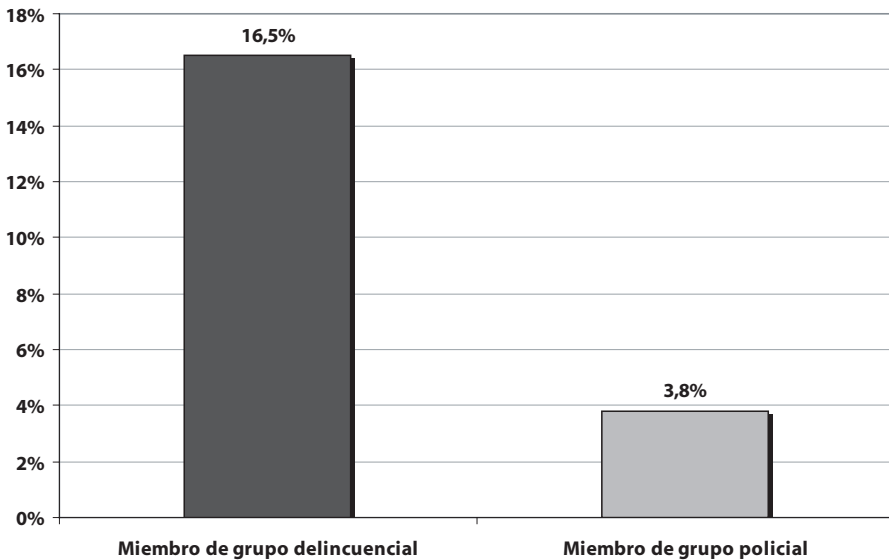


En general, como se observa en estas y otras gráficas posteriores, el victimario mostrado por los periódicos (en los casos en que sí aparece), suele ser hombre adulto, de clase popular. Las mujeres y los jóvenes aparecen mucho menos.

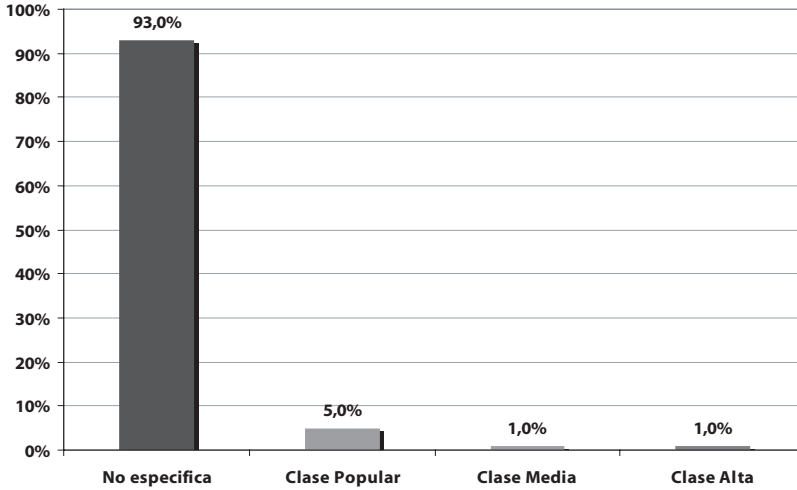
17. Características del protagonista del delito



18. Otras referencias al protagonista del delito



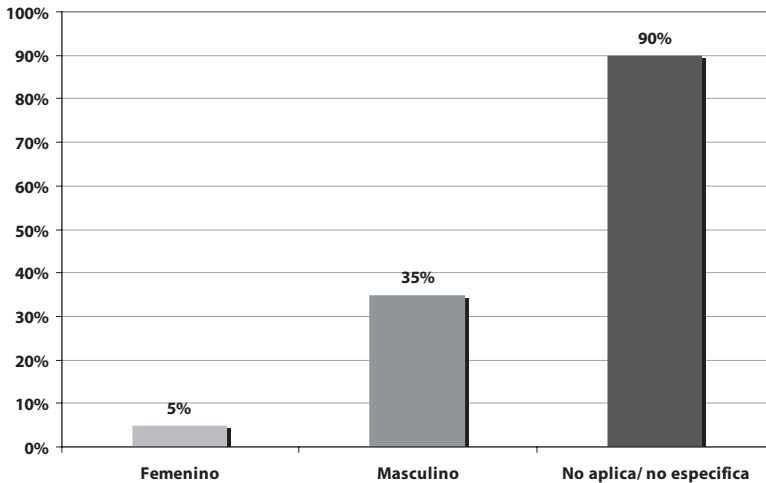
19. Clase social del victimario



20. Promedio de edad de la víctima

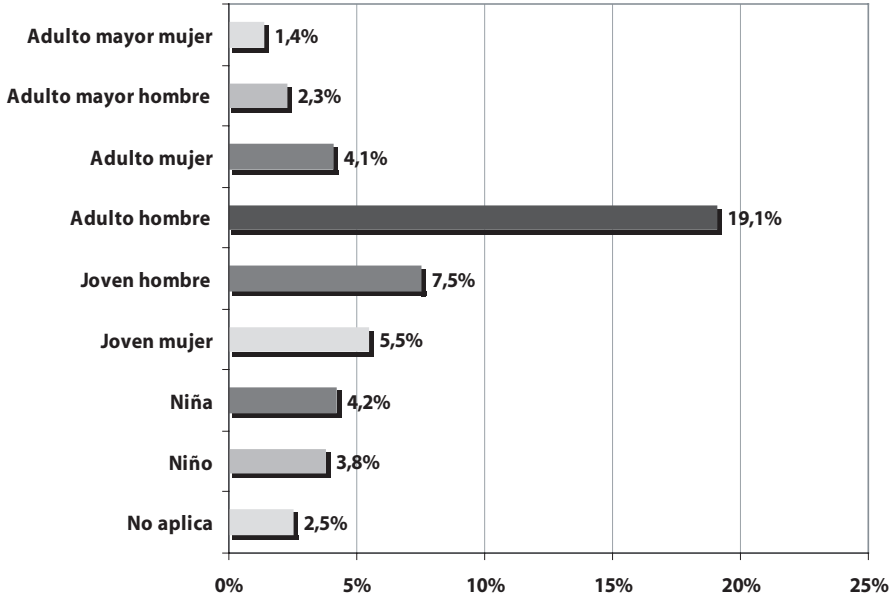
28 años

21. Sexo de la víctima

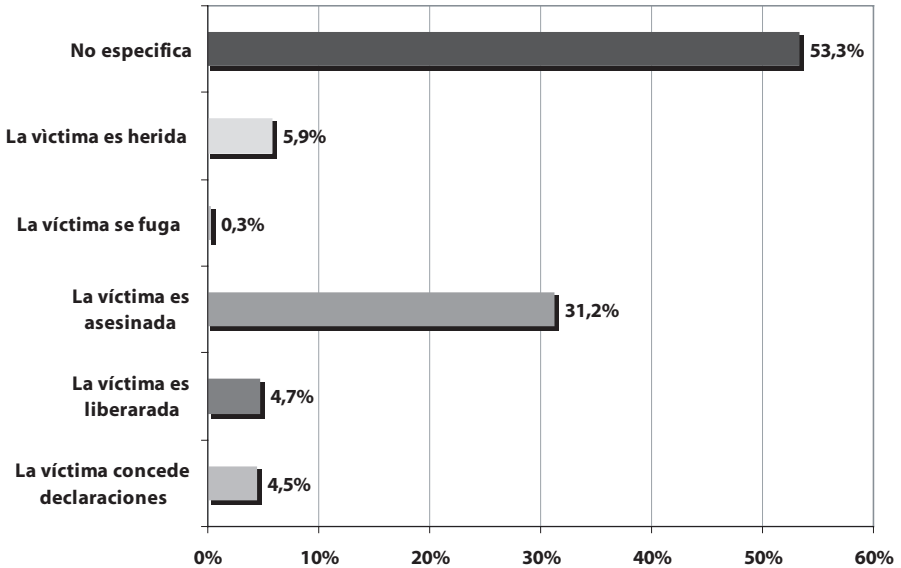


Las víctimas tal como lo presentan los medios, son fundamentalmente hombres jóvenes.

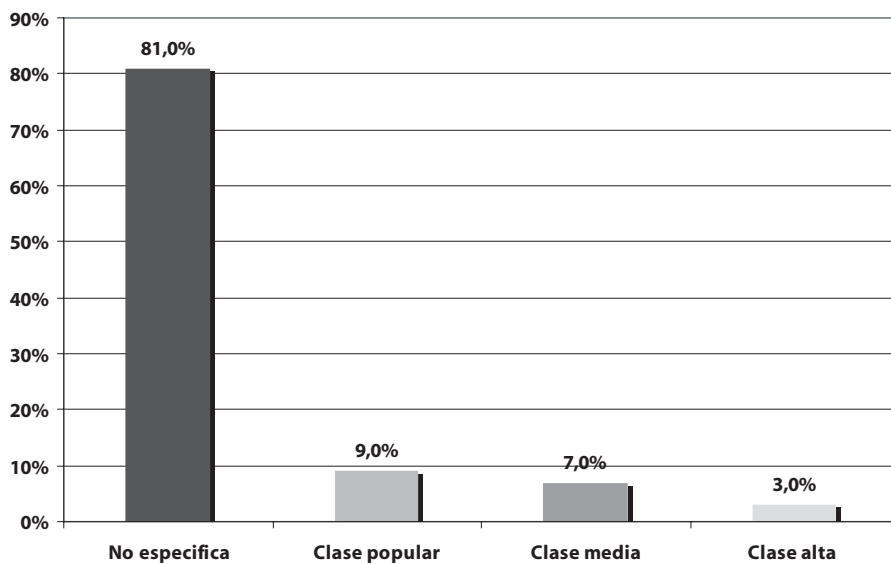
22. Características del protagonista del delito



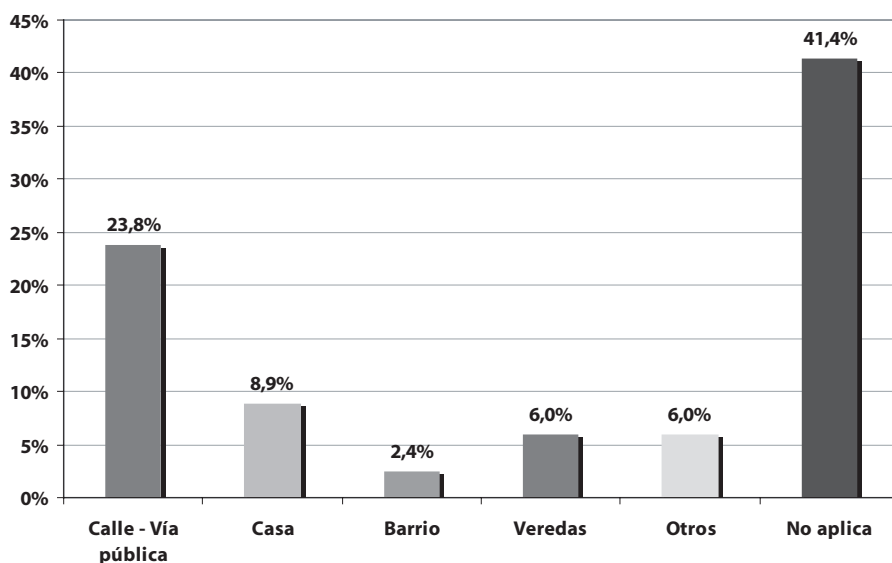
23. Presentación informativa de la víctima



24. Clase social de la víctima



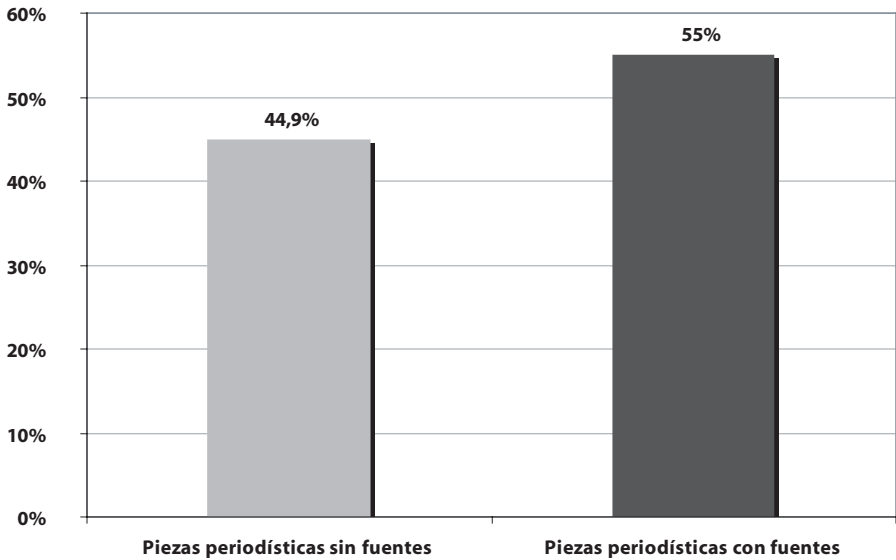
25. Lugar del delito



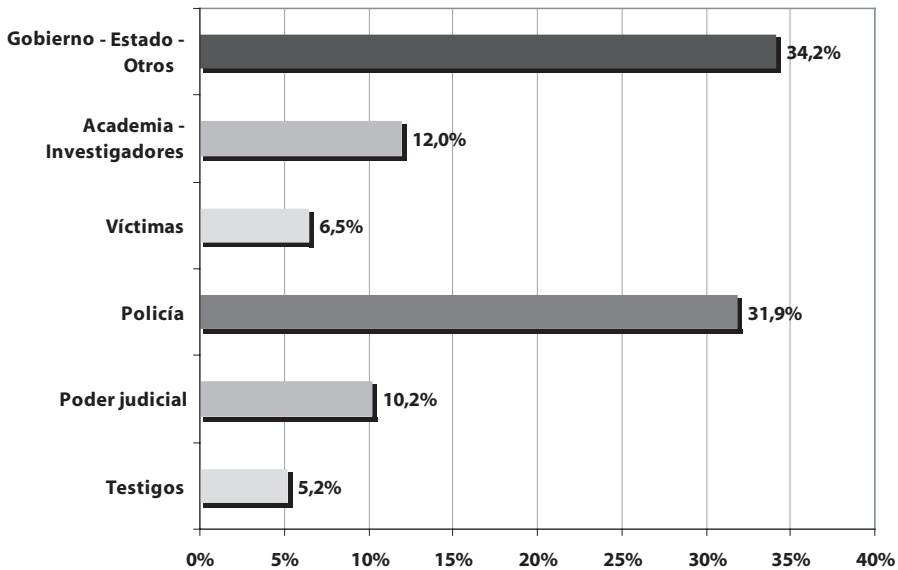
La calle, ámbito público, es el lugar que se identifica en los medios como lugar del delito.

D. Fuentes de la información

26. Fuentes de la información



27. Fuentes de la información



Las noticias tienen muy pocas fuentes, que además están centradas en el gobierno y la policía. El delito es mirado fundamentalmente desde las instancias institucionales.

Sobre los resultados

Un primer rasgo que permite deducir el monitoreo de noticias sobre seguridad hecho en 14 periódicos latinoamericanos (apenas provisional y de enunciación preliminar de algunas grandes tendencias para la discusión) es el protagonismo del tema en los periódicos de El Salvador. En efecto, dos de ellos, el Diario de Hoy que en el período analizado le dedicó un gran despliegue a la inseguridad de las fronteras centroamericanas y La Prensa Gráfica, cuyo análisis más pormenorizado se destaca en este texto más adelante, encabezan la lista de periódicos con más noticias sobre el tema.

Los periódicos centroamericanos son seguidos por el Clarín de Buenos Aires y El Comercio de Lima. Y entre los diarios con volumen de noticias más bajos sobre seguridad están El Universal de Ciudad de México, El Tiempo de Bogotá y El Colombiano de Medellín junto con la Folha de Sao Paulo. Periódicos además de cuatro ciudades que tienen problemas candentes de seguridad.

El contraste entre el Clarín y La Nación, de Buenos Aires, es evidente, no sólo en la cantidad de información sobre crímenes y delitos, sino sobre todo en el enfoque de la información y la particularidad de sus narrativas. En uno de los países en que ha crecido la preocupación social por los asuntos de la seguridad urbana -Argentina- se perfila un diario (Clarín) que le concede gran importancia al relato de los delitos, pero que a diferencia, por ejemplo, de los diarios salvadoreños, no se concentra en el simple registro de los acontecimientos, sino que estructura una forma de narrar cercana a la crónica roja, mesurado en su representación visual del crimen pero prolijo, casi hasta la exageración, en la narración de sus circunstancias, las motivaciones, la presentación de la vida de las víctimas, la elaboración de una memoria de los hechos y sobre todo la relevancia de los cuerpos en los que se inscriben los rastros del crimen.

El caso colombiano es sorprendente. El país tiene desde hace años unos porcentajes significativamente altos de criminalidad, pero en los que el conflicto armado interno, con sus secuelas de homicidios, masacres y secuestros, no logra superar, según los expertos, los delitos cometidos por la delincuencia común. Y aunque las estadísticas han tendido a disminuir durante las últimas alcaldías en Bogotá y la más reciente en Medellín, el problema sigue siendo importante. Sin embargo el

tráfago de la guerra devora la representación del delito común; el crimen se disuelve en medio de la terrible avalancha de los muertos en las confrontaciones bélicas o en los ataques de los diferentes actores armados a la población civil, lo que ha llevado a decir a estudiosos del conflicto colombiano como Daniel Pécaut, que el país vive una guerra contra la sociedad. El crimen, contado en sus tramas dramatúrgicas, con actores que aparecen y se difuminan de acuerdo con el avance de las investigaciones y la contundencia de las pruebas, cede ante el crimen como hecho generalizado, persistente y continuado. No hay tiempo ni relato para la presencia constante de la muerte, para una trama en que las personas son diferentes pero las estrategias guerreras similares y en las que el asesino es rápidamente identificado con cualquiera de los grupos ilegales. Mientras que el crimen común resalta por su excepcionalidad, el crimen de la guerra muy pronto se olvida y entra a engrosar las largas filas de los caídos en un combate que muchas veces no les pertenece.

En un 45,8% las ciudades capitales son el epicentro de los acontecimientos delictivos narrados por los periódicos. Sólo un 6,5% de los delitos contados mediáticamente suceden en el campo, un porcentaje que asciende notablemente en la prensa de El Salvador.

La topología del delito en los periódicos se ubica principalmente en las secciones de justicia, seguidas por la información nacional, la primera página y la información local. La topología del delito tiene que ver con la topografía de la información: la nación recoge tradicionalmente a las regiones y lo local toma auge en la información, inclusive de los periódicos nacionales. Como se comprobó en el análisis de La Prensa Gráfica, los departamentos o las regiones son representadas centralmente por los delitos que se cometen en ellos, dando razón a las permanentes quejas de sus pobladores que señalan esta mirada restringida y discriminadora de los periódicos metropolitanos.

El tema, que antes se recogía en una página especial, por ejemplo la última en Vanguardia Liberal (Bucaramanga-Colombia) de los 60 o los 70, ahora ha saltado a la portada. Las razones pueden ser muchas: desde el carácter llamativo de los crímenes, hasta el salto que ciertos asuntos han dado del reducto de la vida privada a la agenda de las cuestiones de interés público, como por ejemplo, el abuso sexual. “La noticia policial -afirma Stella Martini- tiene un plus con respecto a la información que se consume habitualmente ya que permite la visibilidad de ciertos fantasmas sociales a los que intentaría conjurar, de modos más que ambiguos (situaciones de violencia, humillación, despojo, padecimiento). Se distingue en el conjunto de la información porque pone en escena los hilos frágiles que se tensan entre la vida y la muerte, y separa los territorios reales y simbólicos de un lado y otro de la ley, habla del poder y la violencia, y la impunidad en la sociedad actual. Al tematizar la inseguridad de la

vida privada y de la vida social de los individuos, la información sobre el crimen se constituye en material para el análisis del orden social”²³

No siempre coincide la abundancia de información sobre seguridad con la presencia del tema en la primera página, como sucede con El Nacional de Caracas que tiene un alto volumen de esas noticias en portada, inclusive con titulares encima del cabezote del diario, que envían a páginas interiores pero que advierten a los lectores y resaltan el tema. Clarín, cuya información de delitos es relativamente abundante, disminuye su presencia en portada, pero Diario de Hoy de El Salvador se mantiene en primer lugar, aún en noticias de primera página.

La excepcionalidad del crimen se resalta por el sufrimiento infligido, las estrategias del criminal, la condición de la víctima, la importancia de las autoridades, la extensión del tiempo del suceso o el suspenso creado, por ejemplo, en casos de secuestro o de investigaciones de algunos crímenes que se narran como relatos por entregas. “El cambio que rompe con la información anterior es la alta dosis de violencia presente en casi todos los delitos cometidos y el alto grado de complicidad y participación de personal policial en la comisión o facilitación de muchos de los delitos”²⁴.

En La Prensa Gráfica, los crímenes se acumulan diariamente unos sobre otros, en una especie de muerte permanente que además se asocia a la violencia de las pandillas o maras. La violencia más que inscrita sobre el cuerpo de la víctima está centrada en el cuerpo y los comportamientos del agresor, y más que en el texto periodístico en las imágenes fotográficas que acompañan a la noticia. Numerosas fotografías muestran cuerpos yacentes o recubiertos en bolsas de polietileno o por el contrario presentan a pandilleros con cabezas y torsos saturados de tatuajes, con los que suelen identificar su pertenencia a una determinada pandilla, como la Salvatrucha o la 18, dos de las más reconocidas en el país centroamericano.

En Clarín, por el contrario, se leen descripciones detalladas de las heridas de las víctimas, hasta un extremo verdaderamente truculento. En la noticia “Aseguran que el descuartizado de Barrancas murió apuñalado” se determina el lugar del homicidio, el objeto usado, la identidad de la víctima, su vivienda y especialmente el estado del cuerpo, cuya desmembración se narra detalladamente. La misma noticia en La Nación, tiene una presentación sustancialmente más sobria.

²³ “Agendas policiales en los medios en Argentina En: Violencias, delitos y justicias en la Argentina, Sandra Gayol y Gabriel Kessler (compiladores), Buenos Aires: Manantial, 2002, página 97

²⁴ Sandra Martini, “Agendas policiales de los medios en la Argentina”, En: Violencias, delitos y justicias en la Argentina, página 95

El homicidio es el tópico de la información con mayor presencia en los periódicos analizados (45,9%) seguido por el hurto a personas, las políticas de seguridad, las violaciones y el abuso de menores.

La representación mediática de la seguridad suele involucrar al criminal, las víctimas, el delito, así como también a las autoridades (gobierno, fiscales, policías), los deudos, los testigos, los expertos y en general, los ciudadanos.

En la lectura analítica de los 14 periódicos latinoamericanos se encontró que el principal sujeto de las imágenes es la víctima, seguido de la policía, los sindicatos, objetos y lugares y funcionarios del Estado. El victimario suele ser adulto hombre más que mujer, de clase popular, con un promedio de edad de 31 años. La víctima es especialmente hombre, de clase popular, con un promedio de edad de 28 años. Estos datos son consecuentes con los que arrojan los estudios, por ejemplo, en Argentina, en donde el 93% de la población sentenciada en 1998 fue de hombres y solo un 90% había cursado estudios primarios. Un 50% de las víctimas eran de clase popular (Kessler, 2004).

Los datos sobre la representación mediática resaltan un aspecto central de la discusión sobre la seguridad en América Latina: la alta participación de los hombres jóvenes como víctimas y como victimarios. Elías Carranza sostiene que hay algunas correlaciones como a más población joven = más delito, a más ocio de la población joven, definido como tiempo fuera de la familia y de la escuela = más delito, a más concentración urbana = más delito y a más desempleo = más delito. Entretanto Gabriel Kessler en "Sociología del delito amateur" (2004), afirma que un aumento en el registro de los agresores menores de 18 años no debe llevar a concluir un desplazamiento de los mayores por las nuevas generaciones. "Si para ciertos análisis es la evidencia de una mayor proporción de jóvenes que delinquen, otras voces argumentan que es el resultado de un mayor ensañamiento del poder judicial y policial contra la juventud"²⁵.

Son jóvenes las víctimas de la violencia en El Salvador y jóvenes sus victimarios, que pertenecen a pandillas. Jóvenes también los milicianos y paramilitares que producen, por lo menos, una parte de la violencia en Medellín, así como en una época lo fueron los sicarios al servicio de las mafias del narcotráfico.

²⁵ Gabriel Kessler, *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires: Paidós, 2004, página 23.

El delito es casi siempre una forma de imaginación del Otro, y en muchos casos también una forma de discriminación del otro, el extraño, el diferente. Estas fronteras entre unos y otros están muy marcadas por la información de los medios. En El Salvador, por ejemplo, la figura del pandillero y la mara forma parte de un territorio simbólico del peligro, la agresión y la desadaptación social. Aunque se les imputa la mayoría de los delitos, algunos expertos opinan que apenas son culpables de algunos de ellos. En su estudio sobre los miedos sociales urbanos en Medellín, las autoras de “Rostros del miedo” se refieren a las figuras que en las representaciones sociales son consideradas portadoras de amenaza y generadoras de miedo. Siguiendo la propuesta metodológica de Rossana Reguillo encuentran que de 21 figuras sociales en Medellín 7 fueron calificadas como malas: atracador, guerrilla, narcotraficante, paramilitar, miliciano, político y drogadicto. En Guadalajara, la propia Rossana Reguillo encontró 9 de 16: narcotraficante, drogadicto, borracho, judicial, político, indigente, prostituta, militar y policía.

La representación social de estas figuras amenazantes no sólo conduce a la definición y ejecución de las políticas de seguridad, sino que lleva inclusive a acciones extremas tomadas por grupos sociales. Una de ellas el “linchamiento”, que precisamente aparece como imagen muy fuerte en el material periodístico de El Comercio de Lima y que recientemente ha impactado a la opinión pública de México, donde un policía fue muerto al ser confundido con un posible violador. Una de las noticias de El Comercio se refiere al linchamiento de dos ladrones que murieron a manos de algunos vecinos del barrio San Martín de Porres. La opinión de un sociólogo es recogida en la nota: “Algunas personas -dice- entienden que el crimen (el delincuente) es una plaga por eliminar” (22 de Noviembre de 2004, página A12). En un editorial del periódico se lee que “en la dura y ardua tarea diaria para combatir la delincuencia, las leyes en el Perú vienen jugando en contra... De ese modo el hampa consigue estar en la calle al acecho de la ciudadanía... todas luces este vacío legal es una amenaza para usted y los suyos, pues la lógica popular dice “gallina que come huevos aunque le quemen el pico”...Por ahora la reincidencia no pesa para la ley ¿y el hampa? Feliz” (22 de Noviembre de 2004).

Hay sectores de la sociedad que son señalados como peligrosos y violentos y a quienes los medios de comunicación suelen colocar en el imaginario delictivo. Entre ellos están los jóvenes y los barrios marginales pero también los inmigrantes y los habitantes de ciertas fronteras consideradas “calientes”, por ser paso de coyotes e inmigrantes ilegales, de contrabando o de drogas.

Uno de los líderes de la mara 18 en El Salvador, el viejo Lin, decía en una entrevista que “los medios han impregnado en la mente de la opinión pública que

las pandillas son las responsables del 90% de la violencia de este país. Y no es así, aunque si somos conscientes de que nos corresponde un tanto por ciento importante de eso”²⁶.

En la información construida por los medios fluyen desde el relato de los crímenes hasta el debate sobre las medidas que deben tomar las autoridades, y por supuesto, la evaluación de sus repercusiones reales en la comunidad. El flujo de las armas, la edad límite de imputabilidad, el origen y seriedad de las estadísticas criminales, los sistemas de vigilancia son temas que se unen a la situación de la policía, la realidad carcelaria o los planes de prevención y educación. Los medios publican con relativa frecuencia, noticias sobre cada uno de estos asuntos, pero suelen tener una visión fragmentada y no integral de la seguridad. El frenesí de los sucesos arrasa con los planes coherentes y el afán coyuntural con toda perspectiva siquiera de mediano plazo.

2. Cuerpos anónimos, cuerpos lacerados

El género policial tiene como centro, dice Daniel Link, el conflicto y el enigma, como también la ley y la verdad. En algunos periódicos el conflicto pasa del cuerpo a la política (Venezuela), en otros el cuerpo se judicializa (El Salvador), pierde identidad (Colombia) o se extreman los relatos sobre la laceración del cuerpo producido por el crimen (Argentina).

“Si se analizan con cuidado los géneros periodísticos -escribe Link- se advertirá un funcionamiento similar: el cronista es uno de esos héroes de la verdad moderna cuyo objeto es la imposición de sentido, aún (o sobre todo) cuando el sentido no sea perceptible para nadie. El caso particular de la crónica policial muestra, precisamente, todas las tensiones que la convivencia de los dos sistemas de ley y de verdad (la de la policía, la del periodismo) plantea” Daniel Link, “Los límites del caso policial: el caso jurídico y el caso político” En: *Cómo se lee*, Buenos Aires: Norma, 2003, página 105.

En Clarín sobresale la crónica del crimen, en algunos casos con una continuidad que despliega el acontecimiento en el tiempo y que narra todos los incidentes de su evolución. La narración reúne un conjunto de vicisitudes, actores, lugares, momentos y objetos. Hay una narrativa del delito que no está alejada de la

²⁶ “El viejo Lin”, La Prensa Gráfica, San Salvador, 21 de Noviembre de 2004, Enfoques, página 4

truculencia, la observación minuciosa y el detalle. El cuerpo lacerado, es una visión persistente en los relatos policiales del periódico: “Un balazo le perforó el pecho mientras estaba parado junto a su novia” (3 de diciembre de 2004), “Hoy me mandé una cagada. Apuñalé a un chabón y estoy muy asustada” (3 de diciembre de 2004), “Apagaban cigarrillos en mi cuerpo y me pegaban. ¿Por qué me castigaban? Porque ellos querían” (4 de diciembre de 2004), “Aseguran que el asesinato de Barracas murió descuartizado”, “La mujer, de 38 -su nombre no se revela aquí por razones legales- apareció muerta con 20 puñaladas asestadas con un hierro” (10 de marzo de 2005), “González la obligaba a mantener relaciones sexuales y como ella no quería, la golpeaba y torturaba, además de castigarla haciéndola vivir en una cueva, cavada en las barrancas del río Carcaraña” (4 de diciembre de 2004), “Un rastro de sangre permitió que descubrieran a un ladrón”, “Huyen despavoridos luego de un abuso. Escapan de golpes y palizas desproporcionadas. Se alejan de insultos hirientes, constantes, inexplicables” (6 de diciembre de 2004)..

En La Prensa Gráfica, el delito en el texto escrito se explora como un hecho judicial y en las fotografías como una representación que recurre o a la iconografía del cuerpo anónimo, yacente, rodeado de fiscales o de policías, de familiares dolientes que lloran junto a los ataúdes o de pandilleros amenazantes llenos de tatuajes.

En El Nacional de Caracas el delito se convierte rápidamente en un delito político y además en una oportunidad para criticar al gobierno del Presidente Chávez. La oposición se victimiza, y el deslumbramiento del delito político invisibiliza al crimen común. La confrontación es el espacio predominante de la información y la seguridad no es una excepción. La inseguridad urbana forma parte de la inseguridad política. “La inseguridad que caracteriza a la esencial vía caraqueña cobró una nueva vida” (6 de diciembre de 2004), “Durante toda la mañana el caos y la violencia se apoderaron del centro de Caracas” (9 de diciembre de 2004), “Ojalá que el asesinato del fiscal Anderson no sea el preludio de una escalada, de una espiral del terror, que desate los demonios de la violencia política” (23 de noviembre de 2004). En una columna de opinión: “Las víctimas de la violencia política aumentan, en un clima de grave tensión nacional que no se atenúa. Cadáveres en las calles, temor en los espíritus, aprehensión en las familias ¿Es este el país que queremos? (30 de noviembre de 2004)

En El Tiempo (Bogotá) y El Colombiano (Medellín) el crimen común es absorbido por la belicosidad del conflicto armado interno.

Hay además otros dos elementos claves en las noticias sobre seguridad en la muestra de periódicos analizados. Uno es la sensación de un clima de inseguridad que puede estar relacionado con la cantidad y la modalidad narrativa de las noticias

y otro, el intercalado dentro de las noticias o en los antetítulos o titulares de frases que tienen evidentes connotaciones de alarma y preocupación. Como se lee en el Informe “La brecha de la equidad” de la CEPAL (2004) las encuestas de seguridad ciudadana por lo general muestran que la percepción de inseguridad se incrementa en mayor grado que la violencia o las conductas delictivas. “En esta asimetría -dice- concurren el carácter intimidante de la violencia, su difusión y cobertura dramática en los medios de comunicación de masas, y la impunidad de que gozan, a los ojos de la opinión pública, muchos de los responsables de actos delictivos que logran evadir las sanciones correspondientes. El tratamiento sensacionalista de hechos de este tipo puede crear un clima de temor y una fuerte sensación de vulnerabilidad en la población, que no siempre corresponde al nivel observado de violencia”²⁷

En el caso de La Prensa Gráfica (El Salvador) tiene gran importancia la presentación estadística de la violencia. Las cifras denominadas “rojas”, son una de las infografías más utilizadas y suelen referirse a la ocurrencia de delitos, el crecimiento de los índices de criminalidad en los departamentos, el número de armas incautadas o de delincuentes capturados. Pero este afán de medición atrapa también, de una manera muy generalizada, a la estructura de los titulares. Hay un contexto de miedo que preside el relato de los delitos: “Otros ocho homicidios se sumaron a la ola de violencia que azota el país”, “La violencia no cesa en el departamento de Sonsonate y las cifras siguen elevando el número de personas que fallecieron de manera violenta”, “Vivir en El Salvador cada día es más complicado”.

La narración del delito trasciende entonces el caso particular y se convierte en una advertencia social. “El primer resultado de la violencia es la combinación de atmósferas del temor creciente. Se pierde el uso confiado de la calle (las mujeres lo han perdido más dolorosamente), se padece la angustia al tomar un taxi, se intercambian como piezas de colección las anécdotas de asaltos que no desembocan en finales trágicos”²⁸

Un segundo elemento central en la representación de la seguridad en los periódicos analizados es la imagen de las autoridades, que se podría correlacionar con los datos de confiabilidad en las instituciones. Por sus páginas desfilan -además con un enorme parecido en los distintos países- políticas de Mano Dura, anuncios sobre represión policial, discusión de leyes para detener el crimen, declaraciones

²⁷ La brecha de la equidad, CEPAL, Santiago de Chile, 2000, pagina 91

²⁸ Carlos Monsivais, “Notas sobre la violencia urbana”, Letras Libres, México, mayo de 1999, página 35

sobre la efectividad o las limitaciones de las medidas adoptadas. Hay un constante foro de la seguridad que tiende a convertirse en uno de los temas claves de la agenda política y del debate ciudadano. Con un clima que por momentos es de tremenda desesperanza y frustración, sobre todo por parte de la ciudadanía.

El cuerpo del delito ha saltado de las páginas en que se le tenía encerrado a los debates sobre la gobernabilidad, la vida en sociedad y el futuro de nuestros países.

3. Cuerpos, cifras y desamparo

La representación de la violencia en La Prensa Gráfica de El Salvador.

“La mara es mi vida, carnal; en ella me siento chido.

Es lo único que he tenido y que tendré en este appestoso mundo”

(“Los múltiplos de la mara Salvatrucha”, La Prensa Gráfica, 7 de noviembre de 2002).

Salido de una guerra cruenta, El Salvador se enfrenta a un preocupante aumento de la criminalidad. El número anual de muertes violentas durante los 90 excedió en un 40% al número de muertes violentas durante los 80. En el 2004 se produjeron 2762 homicidios, de los cuales el 74% ocurrió por arma de fuego. En ese mismo año había 197.427 armas de fuego registradas, de las cuales 105.408 tenían su permiso vencido. La tasa de homicidios por 100.000 habitantes fue de 41.5 en el 2004, una de las más altas de la región.

Cuando se observa el panorama de la representación de la seguridad urbana en periódicos latinoamericanos, se constata el alto volumen de noticias de ese tema en los diarios salvadoreños. La Prensa Gráfica no es una excepción. Está ubicado en uno de los primeros lugares, solamente superado por el Diario de hoy, también de El Salvador. Y aunque se trate de un estudio preliminar, en el que apenas se revisaron dos semanas, a fines del año 2004, las tendencias encontradas son fuertes y consistentes.²⁹

²⁹ Me refiero al estudio que dirigí sobre la representación de la seguridad en 14 periódicos latinoamericanos, tres de ellos de El Salvador, promovido por el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina de la Fundación Friedrich Ebert (2004-2005). Los datos que se presentan al final de este análisis corresponden a la medición específica de La Prensa Gráfica hecha para ese estudio. Sin embargo se revisaron las noticias sobre violencia publicadas por el periódico desde noviembre de 2004 hasta marzo de 2005, para un análisis más cualitativo que se ha tenido en cuenta para la redacción del presente trabajo.

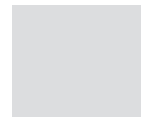
Solamente Clarín de Buenos Aires y El Comercio de Lima -con importantes diferencias en la presentación de los acontecimientos criminales- se acercan a los porcentajes relativamente altos de los periódicos salvadoreños.

Una primera constatación es, entonces, la importancia que la prensa de ese país le concede a la representación cotidiana de la violencia. Esta abundancia de noticias sobre actos violentos no es únicamente una cifra estadística. Más allá de los hechos, se puede confirmar la relevancia que tiene la información de criminalidad en las páginas del periódico. Con frecuencia el tema aparece destacado en la primera página, aunque no es el periódico latinoamericano que le da más portada, concentrándolo sobre todo, en las páginas judiciales y en la información que registra la vida en los diferentes departamentos del país. Los datos obtenidos en el estudio general apenas se apartan, en algunos aspectos, de los encontrados tanto en el estudio específico de La Prensa Gráfica, como en el análisis cualitativo que se hizo sobre una muestra mucho más grande del periódico, entre Noviembre de 2004 y Marzo de 2005.

4. El predominio del asesinato

El principal crimen reseñado por los periódicos latinoamericanos es el homicidio común, seguido del hurto a personas, los delitos sexuales y el secuestro. El homicidio sobresale también en La Prensa Gráfica, con varias características que lo hacen distinto a las representaciones del mismo delito en medios de comunicación de otros países. Se trata de un acontecimiento que no es excepcional ni sorpresivo. Pasa con frecuencia y además es contado con un tono narrativo muy semejante y repetido³⁰. El homicidio es una especie de larga muerte permanente, con grados de semejanza impresionantes, aunque con víctimas diferentes. Parecería que es un estado de la sociedad (en El Salvador se habla de “violencia social”) que además se describe amenazada y temerosa, rodeada de autoridades que apenas encuentran un cuerpo, tienen que salir a realizar el siguiente levantamiento, o de gobernantes que de manera también constante anuncian sus medidas de mano dura en un clima de credibilidad menguada. Sin embargo la realidad, por lo menos la dibujada en el periódico, no tiende a cambiar. Hay algo de inexorable entre la fruición del asesinato, la presencia de la amenaza criminal y el discurso reiterado de las autoridades. Y en medio de todo ello, está la sociedad.

³⁰ La insistencia en los titulares sobre temas de violencia en que los además se involucran cifras son parte de una política editorial que busca ubicar la seguridad ciudadana en un lugar privilegiado de la agenda pública, según lo comentan los editores de La Prensa Gráfica.



Como lo señala el estudio cuantitativo del periódico, el lugar del delito es fundamentalmente la calle, que se muestra como un lugar peligroso. Pero a diferencia de los diarios de otros países, en La Prensa Gráfica cobra importancia el campo, que duplica el porcentaje que se encontró en el promedio de los demás periódicos latinoamericanos y que es explicable por la conformación física del país. Hay departamentos como Sonsonate que se muestran realmente asolados por el crimen (en un informe publicado por el periódico en enero de 2005 se habla de 114 homicidios por cada 100.000 habitantes) y un porcentaje importante de la información regional se centra en lo delictivo, especialmente en los asesinatos.

Sin embargo, en La Prensa Gráfica, el homicidio tiene otras connotaciones. Hay una fuerte carga judicial en su presentación, es decir, el asesinato forma parte de una investigación en curso y tiene más las propiedades de un proceso judicial que de un acontecimiento existencial. Es obvio, todo homicidio es una tragedia humana. Pero, a pesar de sus terribles semejanzas, es contado de manera diferente. En general, se trata de crímenes, narrados en una única noticia, lo que produce por lo menos dos efectos. Uno, el de la falta de memoria. Y el otro, el de la acumulación acelerada e indiscriminada de noticias que se parecen a las figuras individuales de un kinetoscopio; finalmente se tiene la sensación de estar frente a un crimen continuado y asombrosamente extenso. Como afirma el jefe de Medicina legal, Fabio Molina en la edición de La Prensa Gráfica del 12 de diciembre de 2004, "Aparecen cadáveres en predios, ríos y no se sabe quién los mató. El 42% de las muertes es de origen desconocido; el 38,1% se debe a la delincuencia común, y el 10.3% es por pandillas". Sin embargo para el periódico, como para algunas autoridades, buena parte de los crímenes tienen como centro las pandillas. Las noticias son breves y con elementos descriptivos muy semejantes. Con frecuencia se afirma que no se saben ni los motivos ni los autores de los homicidios.

Cabe la pregunta sobre qué función cumple esta forma particular de narrar, estos modos específicos de representación. Especialmente si se piensa, como lo hace Susana Rotker que "la identidad social se constituye en buena medida gracias a las memorias, los mitos, el orden simbólico. Y lo que se cuenta de ella: la narrativa da una coherencia que la realidad no suele tener"³¹

³¹ Susana Rotker, "Nosotros somos los otros" En: Ciudadanías del miedo, Caracas: Nueva Sociedad, 2000, página 229

La realidad que se cuenta queda registrada como un crescendo casi incontrolable del crimen, una secuencia en que perecen los cuerpos a manos de otros cuerpos, saturados y amenazantes.

5. Cuerpos caídos. La abundancia de la imagen

Pero junto al texto escrito el protagonismo muchas veces lo tiene la presentación visual. Las fotografías son fundamentales en la representación del crimen en La Prensa Gráfica. Son abundantes, a color, generosamente amplias e increíblemente parecidas. Casi se podría decir que existe un patrón visual que las domina: se trata de cuerpos yacentes, rodeados de deudos, curiosos o policías, ubicados o en el lugar donde se cometió el crimen, en ataúdes o abandonados sobre los pisos de las camionetas judiciales. En muchas imágenes los cuerpos son conducidos envueltos en bolsas negras de polietileno, ocultando su identidad. Mientras los cuerpos de las víctimas se ocultan a pesar de ser mostrados, las de los supuestos victimarios -los pandilleros- están cubiertos de figuras, signos y lemas que combinan los símbolos de la muerte con signos melodramáticos y sexuales, motivos de pertenencia y gestos agresivos. Uno es el cuerpo despojado de la víctima y otro, el cuerpo exhibido del victimario. En una crónica de La Prensa Gráfica, un integrante de una clica “enseña con jactancia y petulancia sus brazos, espalda, torso y hasta los tobillos llenos de tatuajes de calaveras, gotas de lágrimas, un corazón atravesado por una flecha, una serie de iniciales, números, mujeres desnudas, figuras humanoides con cuernos, una jeringa hipodérmica, varias y enormes garras afiladas.... Es común encontrar alrededor del cuello de sus integrantes, la leyenda tatuada: Perdóname madre mía por mi vida loca”. Despojados de sus camisas por la policía, los torsos desnudos enseñan los tatuajes, de esa manera se encuentra la visión fotográfica con la visualidad del cuerpo y la marca se prolonga en la imagen repetida por el periódico. Según José Luis Rocha los tatuajes son productores de identidad, expresan relaciones y posición social, son exhibición y denuncia. “El tatuaje tiene la propiedad de relegar, marginar. Como todo símbolo, el tatuaje provoca un diálogo y crea relaciones, o recrea las relaciones, reproduce y exacerba marginaciones. El estigma previamente existente de la marginación se cristaliza en las señales distintivas del pandillero y éste se convierte en un militante de su estigma”³²

³² José Luis Rocha “Tatuajes de pandilleros: estigma, identidad y arte” En: Revista Envío, Nicaragua, N° 259, Septiembre de 2003. Además se sugieren los artículos “Pandilleros: armados sin utopía” de José Luis Rocha, Envío, N° 206, Mayo de 1999; “Un antropólogo-pandillero en un barrio de Managua” de Dennis Rodgers, Envío, N° 184, Julio de 1997.

Son frecuentes también las fotografías de los deudos llorando junto a los catafalcos. Sería importante hacer una observación más detallada sobre las fotografías, que sin duda impactan y en algunos casos se acercan a la truculencia y a la morbosidad.

En su recordado libro “Sobre la fotografía” (1973) Susan Sontag escribe que “Sufrir es una cosa; muy otra es convivir con las imágenes fotográficas del sufrimiento, que no necesariamente fortifican la conciencia ni la capacidad de compasión. También pueden corromperlas. Una vez que se han visto tales imágenes, se crea la incitación a ver más. Y más. Las imágenes transfiguran. Las imágenes anestesian. Un acontecimiento conocido mediante fotografías por cierto adquiere más realidad que si jamás hubiera visto las fotografías: piénsese en la guerra del Vietnam.... Pero después de una exposición repetida a las imágenes también pierde realidad”³³

Hay una discusión en los medios alrededor del uso de este tipo de fotografías e incluso disposiciones específicas, como las de la BBC de Londres sobre el cuidado que se debe tener para no invadir la intimidad del muerto y sus familiares dolientes y las medidas sobre encuadres y distancias tanto sobre la víctima, como sobre la escena misma del crimen.

En el material periodístico revisado, las fotografías tienen otros significados evidentes. Los victimarios suelen ser jóvenes pandilleros que aparecen semidesnudos y amenazantes mostrando además de sus armas, los tatuajes sobre su cuerpo y los gestos de identificación de su pertenencia a la 18 o a la Mara Salvatrucha. Generalmente se les presenta en grupo, dando la sensación de una víctima solitaria e indefensa y unos victimarios unidos por las identificaciones grupales. En ocasiones se publica una fotografía corriente de la víctima, que permite identificar su cadáver.

En un testimonio recogido por el periódico, Salvador Samayoa, expresidente del Consejo Nacional de Seguridad, dice que “está demostrado que no hay una sola modalidad de problema de seguridad que la gente sienta más que las pandillas, pero eso no quiere decir que las pandillas cometan la mayor parte de los delitos”.

Habría que preguntarse entonces porqué el periódico subraya sobre todo los crímenes ocasionados por los pandilleros. El pandillero es un actor definido y aceptado como violento, pertenece a una organización señalada como criminal y son fácilmente identificados como antisociales. Como un poderoso polo de atracción, la mara condensa el miedo de la sociedad, los patrones de la anormalidad y el enemigo

³³ Sobre la Fotografía, Barcelona: Edhasa, 1981, página 30

identificable. De esa manera se confirma el planteamiento de la investigadora mexicana Rossana Reguillo, cuando hablando de la construcción social del miedo, escribe que “por ello resulta cada vez más necesario, para los grupos sociales, dotar a sus miedos de rostros reconocibles, ayudados en esta operación por los medios de comunicación, especialistas en la denominación del mundo. Cuando el miedo tiene rostro es posible enfrentarlo, dicen los psicoanalistas”³⁴

6. Las maras en el imaginario

Las pandillas son sin duda uno de los grandes protagonistas de la representación mediática de la seguridad. Actúan con sevicia y frialdad, obedecen a determinados códigos de honor y suelen estar guiados por la venganza. No hay duda en sus actos, ni compasión en sus crímenes.

En casi todas las noticias seleccionadas de Noviembre a Diciembre de 2004, se afirma que los asesinatos fueron perpetrados por pandilleros. Y cuando no se habla de pandillas se reseñan las opiniones de las autoridades para combatirlas. “Las víctimas tuvieron un problema con mareros de la 18 luego de tratar de defender a un amigo que era golpeado por los pandilleros” (30 de noviembre de 2004). “La policía no descarta de que la muerte de Meléndez sean rencillas entre pandillas” (8 de diciembre de 2004) “Óscar Omar Ramos Hernández, miembro de la Mara Salvatrucha, se declaró culpable de violar y asesinar a una mujer en Fallas Church en 2001” (11 de diciembre de 2004). “El primero fue atacado con arma blanca por dos pandilleros que lo persiguieron cuando se dirigía a la terminal de buses” (15 de diciembre de 2004). “ El Subdirector de Investigaciones de la Policía, Douglas García Funes, aseguró que los pandilleros asesinaron a Samuel Levi porque el menor se resistía a incorporarse a la mara Salvatrucha (MS) del distrito Italia” (17 de diciembre de 2004) “El joven José Rigoberto Ramírez López, de 17 años, salió al atardecer del martes a comprar tortillas en las cercanías de su casa, pero no regresó con el encargo de su madre porque unos pandilleros lo asesinaron” (23 de diciembre de 2004) “La policía sospecha de tres pandilleros de la MS que, recién salieron de la cárcel, la amenazaron de muerte” (24 de diciembre de 2004) “Dos pandilleros menores de edad fueron capturados por la policía bajo cargos de haber intentado asesinar a una

³⁴ Rossana Reguillo, “La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas” En: Ciudadanía del miedo, Susana Rotker (compiladora), Caracas: Nueva Sociedad, 2000, página 196

vendedora, quien sobrevivió a los disparos” (29 de diciembre de 2004) “El gobierno atribuyó el ataque a la peligrosa y violenta banda mara Salvatrucha (MS) que, junto con la mara 18, controla desde 1995 las barriadas pobres de las principales ciudades, con más de 100 mil miembros” (30 de diciembre de 2004).

Son jóvenes, desempleados, habitantes de barrios populares, pobres y hondamente relacionados con la memoria de la guerra, la exclusión, las drogas, las armas y las repercusiones de la migración. Los victimarios suelen ser mucho más hombres que mujeres; en un alto porcentaje (la cuarta parte de las noticias) se los señala como miembros de un grupo criminal. Las víctimas son más hombres que mujeres, aunque éstas alcanzan un 20%; los muertos son, sobre todo, hombres jóvenes (21%). Como lo afirma Dennis Rodgers en “Living in the shadow of death: Gangs, violence, and social change in Nicaragua, 1997-2002” (2004) “muchos actos criminales en América Latina involucran a jóvenes, en particular a hombres jóvenes. En 1996, por ejemplo, hombres jóvenes entre los 19 y los 29 años cometieron el 63% de todos los homicidios reportados en la región”³⁵.

En el reciente Informe sobre la juventud en Iberoamérica de la CEPAL se demuestran las conexiones de las vidas de muchos jóvenes de la región con el desempleo, el delito y la ausencia de oportunidades. Por su parte, Elías Carranza, en “Seguridad ciudadana y orden público en América Latina” escribe que a “más ocio en la población joven, definido como tiempo fuera de la familia y de la escuela más delito” y además que a más población joven más delito³⁶. La realidad parece estar en consonancia con la información de los medios según lo confirma Stella Martini cuando dice que “se verifica consecuentemente otra forma de naturalización del sentido hegemónico: el enemigo es el delincuente común, cuyo tipo más común es el joven, pobre y villero”³⁷

Además del texto periodístico, que como se ha dicho, suele ser escueto, descriptivo y sin mayores contextos y de las fotografías, las noticias sobre seguridad suelen estar acompañadas de cifras e infografías. “Como subraya Martini hoy los medios ofrecen representaciones reiteradas, simplificadas e incompletas de los crímenes que publican. El desplazamiento de la información policial en el diseño de los medios: de los márgenes a los lugares centrales de la agenda, y de tema habitual

³⁵ Artículo citado, página 3.

³⁶ Revista Nueva Sociedad, Caracas, N° 191, mayo- junio de 2004

³⁷ “Agendas policiales de los medios en la Argentina”, 2002, página 94

de los diarios sensacionalistas a ser tapa de la llamada prensa seria, es acompañado por una retórica simple en donde la realidad mediática del crimen puede llegar a convertirse en la realidad social del mismo”.³⁸

7. La cronometría del crimen

Las cifras son otro de los protagonistas centrales de la información sobre violencia en el periódico. Van contabilizando, como en una cronometría del crimen el crecimiento de la inseguridad, las perturbaciones de la tranquilidad ciudadana. Son una suerte de alarma implacable de los delitos, pero a la vez de la desprotección de los ciudadanos. En la Prensa Gráfica se las llama “cifras rojas” y pueden referirse al crecimiento de los homicidios, los agentes destinados para proteger a los ciudadanos (generalmente pocos), el número de víctimas, o el volumen de armas que circulan entre los ciudadanos. En algunos casos se hacen listados de asesinados como el que por ejemplo aparece bajo el título “Un zarpazo de muerte” el 20 de febrero de 2005 que enumera las 19 personas asesinadas durante el mes de Enero en los municipios de Quezaltepeque, Colón y San Juan Opico o la del 14 de febrero de 2005 en la que se afirma que 93 personas fueron asesinadas en los primeros 13 días de ese mes. En general, las cifras están relacionadas con la magnitud del fenómeno delincencial y el abatimiento de una ciudadanía desprotegida. Titulares como “Diez asesinatos ocurren en menos de 24 horas” del 29 de febrero de 2005, “Cinco familias más son alcanzadas por la violencia” del 6 de febrero del mismo año, “36 escolares fueron asesinados en el 2004”, “La policía arrestó a 513 estudiantes” (22 de febrero de 2005), “Reportan nueve muertos diarios” (2 de marzo de 2005). “Caen 58 durante operativo judicial” (22 de febrero de 2005), “A juicio 29 mareros por 11 homicidios” (25 de febrero de 2005), “Sigue rachas de muertes violentas” (18 de febrero de 2005), “Violenta noche en la capital deja cuatro muertes” (6 de marzo de 2005), forman parte de una estadística del crimen que cerca progresivamente a la ciudadanía, mientras que titulares como “El triángulo del miedo y el silencio. Los municipios de Quezaltepeque, Colón y San Juan Opico están entre los 20 lugares más violentos del país” (20 de febrero de 2005) pertenecen a una topografía de la muerte y el peligro.

³⁸ Sandra Gayol y Gabriel Kessler, *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Buenos Aires: Manantial, 2002, páginas 16 y 17.

Como lo señala Gabriel Kessler en “Sociología del delito amateur” (2004), hay una propiedad objetiva de los lugares que establecen la distribución espacial de las infracciones, pero también una subjetiva que lleva a la construcción de la reputación de los lugares. Y los medios influyen en ambas.

Entretanto, llama la atención la persistencia con que los titulares anuncian a través de cifras, el desarrollo de los sucesos o la situación generalizada de criminalidad en el país o en zonas específicas de él.

Frente a la permanente discusión sobre el papel de los medios en la resonancia de la violencia y las ideas que defienden su representación de la criminalidad como una función más que narra con bastante fidelidad lo que ocurre en la realidad, conviene preguntarse por el enfoque de la violencia que subyace a la construcción habitual de las noticias en los medios y concretamente en La Prensa Gráfica. Hay un conteo de historias restringidas, unas narraciones formales y muchas veces estereotipadas del crimen y los criminales. A veces esta secuencialidad es rota por informes mucho más densos, explicativos y reposados de los problemas de seguridad en el país. Refiriéndose al caso argentino, Martini escribe que “la agenda de los delitos comunes se relaciona con la seguridad de los individuos (el cuerpo y la propiedad). Las noticias de los cuatro últimos años en la gráfica y en la televisión avisan a los individuos que no pueden moverse con tranquilidad ni en el espacio público ni en el privado, y que ese espacio alterado es altamente violento, aleatorio. Si hace treinta años o más el ciudadano que conocía por los medios los crímenes sabía que éstos no lo podían tener fácilmente como víctima según supiera de prevención, en la actualidad lo que conoce es que casi no tiene salida y la prevención consiste, en todo caso, en tener un arma y saber utilizarla” (página 95).

Mientras las imágenes de los cuerpos muestran el abandono de los inocentes, las estadísticas comprueban -porque ese es el orden de su lenguaje matemático- la inexorable desmesura de un problema que parece salido de madre, aterradoramente desbordado. No son estadísticas desencarnadas, puros números, sino, por el contrario, estadísticas con cuerpo que acompañan las imágenes y las narraciones de los crímenes. En vez de ser abstracciones que comprenden una realidad diversa, son concreciones que aleccionan y llaman la atención sobre los desastres del delito. Sin embargo, a veces esas cifras son simplemente el cronómetro que alerta, que introduce un elemento emocional al acontecimiento. Quizás haya una relación entre la acumulación frenética del cuerpo y la marcación de las cifras. Este papel de las cifras en el relato del delito lo analiza la venezolana Susana Rotker: “Primera verificación de este texto urbano del miedo escrito en los cuerpos ciudadanos; a falta de elaboraciones simbólicas y de lenguaje el relato se construye, en un primer nivel

a través del idioma de las cifras. Los números no hacen más que acumularse y, por lo tanto, no son sino un mal intento de expresar una realidad, quebrando la tradición racionalista occidental heredada del Iluminismo, según la cual la única forma del conocimiento era el lenguaje cuantificador....Las cifras suelen ser el primer recurso del que se echa mano para intentar comunicar la experiencia o la desmesura de la violencia social en lo cotidiano, pero las cifras se vuelven imagen o sonido hueco, canto repetido y gastado por la rutina, así se regrese a ellas para intentar hacer creíbles los relatos. A falta de elaboraciones culturales y ejes racionalizadores satisfactorios, ante la impotencia de las estadísticas como testigo o vehículo para comunicar, surge el testimonio oral. Cuando falta el saber “objetivo”, se apela de nuevo a lo más primitivo, al saber original: qué me pasó y como sobreviví”³⁹.

8. Los imaginarios de la inseguridad

Hay varios imaginarios fuertes inscritos en las noticias sobre criminalidad. Uno primero es el peligro del otro, en este caso, de las maras y los pandilleros. Es un otro cercano pero agresivo, anormal y claramente fuera de la sociedad. Un otro que pertenece a las realidades históricas del país, con un tremendo acento étnico y social, que evoca referencias al conflicto vivido durante años, al desarraigo, a la emigración. Otro que tiene que enfrentarse con “mano dura”, para salvar a la mayoría del desorden, la agresión y la muerte. O como se lee en “Granja para rehabilitar a los pandilleros está lista”, 12 de marzo de 2005, “El Consejo Nacional de Seguridad Pública (CNSP) promete sanarles los males del cuerpo y del alma”. Se integrarán a la sociedad “hasta que demuestren su voluntad de ser agentes positivos para la sociedad”.

Mientras que el Ministerio de la Gobernación reconoció que el Plan “Supermano Dura” impulsado por el gobierno no logró bajar los asesinatos en el país (La Prensa Gráfica, 22 de enero de 2005), un estudio de la Policía Nacional Civil (PNC) asegura que el mayor número de los crímenes está asociado a las pandillas y que con la implementación del Plan, la mayoría de mareros optó por abandonar las “clicas” y acogerse al llamado plan Mano amiga. Tras las deserciones, supuestamente los cabecillas de las “clicas” optaron por asesinar a los que los abandonaban (22 de enero de 2005).

³⁹ Susana Rotker, Ciudadanías del miedo, Caracas: Nueva Sociedad, 2000, páginas 7 y 8.

Sacar a los criminales de las calles, poner tras las rejas a los delincuentes, reprimir el problema de la violencia social, presentar reformas legales a la Asamblea Legislativa, adelantar el Plan de Supermano Dura, publicar las listas de los más buscados son algunas de las medidas que promueven las autoridades, que aparecen tan desgranadas e inconexas como la representación mediática del crimen. Lo que sí se nota es una profunda ausencia de la sociedad en este panorama de la seguridad tomado por los crímenes, los criminales y las autoridades.

Un segundo imaginario es el de una sociedad cercada, que tiene dentro de sí misma su propio desbordamiento y ante la cual no aparecen medidas efectivas, sino por el contrario, un descontrol creciente.

Un tercer imaginario es el de la mano dura de las autoridades que se coloca ante la disyuntiva “rehabilitación o persecución” y que se ha convertido en una dimensión fundamental de la selección de los gobernantes y de su consecuente gobernabilidad. “Llevar a la cárcel a los delincuentes” es la temática sobre política de seguridad que aparece más fuertemente en La Prensa Gráfica (45,8%). Un cuarto imaginario es el de la desprotección, es decir, el de unas autoridades, especialmente policiales, que están presentes después del crimen, pero casi nunca en la prevención efectiva de él. Las cárceles están llenas, las redadas crecen, se decomisan armas, se apresan pandilleros, pero la sensación de inseguridad que muestran los medios, crece.

Un aspecto interesante es que en La Prensa Gráfica buena parte de las noticias sobre crímenes están firmadas por los periodistas, a diferencia de lo que sucede en otros países en donde impera el anonimato, ya sea por prescripción de los directivos, tradición o prevención de riesgos⁴⁰.

Un asunto fundamental de la información sobre seguridad urbana es cómo se compone la noticia y particularmente quiénes son sus fuentes. En el caso de La Prensa Gráfica es preocupante el porcentaje de piezas periodísticas sin fuentes (45,2%) y el promedio de fuentes directas e identificadas por información: sólo una.

La fuente principal es la policía, seguida por los organismos de investigación y los testimonios de los parientes de las víctimas. Esto corrobora la hipótesis sobre la judicialización de la información de criminalidad que existe en el periódico. El origen de la fuente parece marcar con rastros evidentes la orientación de la narración.

⁴⁰ En Colombia, por ejemplo, ha aumentado el anonimato de las fuentes.

[POSTEXTO]

DESDE LOS MEDIOS Y EN INTERACCIÓN CON LA SOCIEDAD:

Alternativas de acción para el mejoramiento de la calidad informativa
sobre los temas de seguridad ciudadana.

Existen diferentes alternativas para mejorar la actuación de los medios de comunicación en la cobertura informativa de los temas de seguridad ciudadana. Por lo pronto se podrían clasificar en dos grandes campos: el primero, es el que se refiere a las iniciativas de fortalecimiento de la calidad periodística y el segundo, el que explora las interacciones entre la sociedad y los medios.

En el primero se busca aumentar la calidad periodística, a través de figuras, procesos y prácticas en las redacciones, y en general, en las estructuras de funcionamiento de los medios. Entre sus iniciativas están las siguientes:

1. Iniciativas para el mejoramiento de la calidad periodística

Manual de Estilo o de redacción: aunque no suelen tener capítulos específicos sobre la cobertura de la información de seguridad, estos Manuales reúnen los principios y normas más importantes que todo periodista debe tener en cuenta para llevar a cabo su trabajo informativo. Se definen desde las reglas para el manejo de las fuentes, hasta el uso de los diferentes géneros periodísticos o las maneras de resolver conflictos de intereses que se encuentran en el trabajo diario.

Manual de cobertura de temas de seguridad ciudadana: se trata de recomendaciones específicas para orientar la tarea del periodista, afrontando cuestiones muy particulares a los asuntos de la seguridad. El periódico El Tiempo⁴¹ en Bogotá formuló un Manual para la cobertura del conflicto interno colombiano (2003) en donde, por ejemplo, se contemplan temas como el uso del lenguaje, las relaciones con las fuentes, la seguridad de los periodistas asignados a zonas peligrosas o el papel de los corresponsales. La Prensa Gráfica⁴² de San Salvador es uno de los primeros periódicos de la región, que en un trabajo concertado con el PNUD de ese país, construyó su propio Manual de Cobertura de la información de seguridad ciudadana en que se tienen en cuenta temas como la presunción de inocencia, la reserva del sumario, el manejo visual de la violencia, el trabajo con las fuentes, las entrevistas a criminales, el uso de las estadísticas sobre criminalidad, entre otros.

Monitoreos de la información de seguridad ciudadana: El Monitoreo es un seguimiento sistemático, página por página y sección por sección de un periódico,

⁴¹ El Tiempo, El conflicto armado en las páginas de El Tiempo, Bogotá: Dirección de Responsabilidad Social, 2003.

⁴² Tratamiento informativo de la violencia, San Salvador, 2005.

sobre el manejo informativo de temas específicos. A través de metodologías de análisis de contenidos y técnicas como el muestreo de semana compuesta, se observa el comportamiento informativo de los medios. Puede ser una iniciativa interna de los medios como sucede con el sistema de seguimiento de la información en el periódico El Tiempo de Bogotá, que a su vez pertenece al programa de mejoramiento de la calidad periodística de la Dirección de Responsabilidad Social. También, y es lo más habitual, puede ser una actividad de universidades, organizaciones periodísticas o proyectos de la sociedad civil. En general, los observatorios de medios llevan a cabo este tipo de trabajos. Entre los más conocidos en el tema de seguridad están los trabajos realizados por el centro de estudios de seguridad ciudadana de la Universidad de Chile, el centro de estudios de seguridad ciudadana de la Universidad Cándido Mendes de Río de Janeiro y el proyecto Antonio Nariño de Colombia.

Códigos éticos: en algunos medios existen códigos éticos que buscan definir lo más claramente posible, los principios y valores éticos que deben guiar las acciones de periodistas y empresas periodísticas.

Análisis de casos: la construcción y análisis de casos es una herramienta muy valiosa para trabajar el tema con periodistas. El periódico El Tiempo ha realizado una experiencia en esta modalidad formativa⁴³.

Formación de periodistas: es sin duda, una de las alternativas más importantes y necesarias. En general los diferentes estudios que existen sobre el tema recomiendan insistir en la formación de los periodistas para una mejor comprensión y difusión de los temas de seguridad ciudadana, a través del análisis de las prácticas y los productos informativos, el conocimiento técnico de todo lo referente a la criminalidad así como a los procesos judiciales, el análisis de los contextos social, económico y político de la generación de la violencia, el estudio de los actores sociales involucrados en actos violentos, etc.

Editores de normas: en algunos medios, un editor se encarga de comprobar el cumplimiento de las normas adoptadas y de sugerir y emprender los ajustes que sean necesarios en términos de las prácticas periodísticas cotidianas. Por lo general esta labor recae en los editores generales, jefes de redacción o editores de la sección judicial. Se requiere una especial motivación y formación de estos últimos, que

⁴³ Germán Rey, Oficio de equilibristas, Bogotá: Casa Editorial El Tiempo, 2003.

son los que suelen manejar más directamente los temas de seguridad ciudadana, aunque es evidente que se trata de un tema transversal que atraviesa el orden de las secciones. Incluso son necesarios esfuerzos para “desjudicializar” el tema y comprenderlo informativamente de una manera mucho más integral. Entre las prácticas periodísticas que se han detectado como claves para mejorar la cobertura informativa de los temas de seguridad están el manejo de las fuentes, la ubicación en la agenda, los sistemas narrativos del crimen y el delito, la diversificación de los géneros periodísticos, la utilización e interpretación de informes técnicos y estadísticas de seguridad, el tratamiento visual (fotografía, video, infografías), el cuidado para no discriminar o estigmatizar en textos y titulares, la propuesta de otras aproximaciones a los temas de seguridad y convivencia, el uso del lenguaje, entre otros.

2. Iniciativas de interacción sociedad-medios de comunicación en la cobertura de la información sobre seguridad ciudadana

Defensor del lector (Ombudsman): es un mediador entre los lectores/audiencias, los periodistas y las empresas de medios que busca aportar a la calidad periodística, teniendo en cuenta las críticas, reclamos y sugerencias de los lectores. Aunque es una figura creada por los medios, establece interacciones entre la sociedad y ellos y obviamente se puede referir a temas de manejo periodístico de la seguridad ciudadana. En América Latina existen varios periódicos que tienen esta figura como por ejemplo, una red de periódicos de Bolivia, La Prensa de Panamá, El Tiempo y El Colombiano de Colombia, El Nacional de Caracas, Público de Guadalajara, la Folha de Sao Paulo, entre otros. En televisión existen varios casos en Colombia y en radio están apareciendo también defensores como sucede con la radio pública de la ciudad de Buenos Aires⁴⁴

Observatorio de medios: iniciativas de organizaciones de la sociedad civil que hacen un seguimiento sistemático a la labor de los medios, a través de monitoreos, debates, publicaciones, portales en internet. Entre los más conocidos están el Observatorio de la prensa y ANDI de Brasil.⁴⁵

⁴⁴ Germán Rey, “El defensor del lector: un oficio en construcción” En : www.saladeprensa.com.mx

⁴⁵ Germán Rey, “Ver desde la ciudadanía”, Buenos Aires: La Tribu, Fundación F.Ebert, 2004.

Veedurías de comunicación: iniciativas de estudio, debate público y movilización de la sociedad en torno a los temas prioritarios de la comunicación. El ejemplo más importante es el de la Veeduría de la Comunicación Social del Perú, apoyada por diferentes organizaciones de la sociedad civil⁴⁶.

Consejos de lectores: agrupaciones de lectores que revisan de manera sistemática y crítica la información publicada por los medios. Son creadas por los medios, pero muestran otro tipo de relación entre éstos y la sociedad. Algunas experiencias importantes son las de los periódicos de Reforma y Público de México. Eventualmente estos consejos podrían analizar la cobertura periodística de la seguridad ciudadana.

Debates públicos: se ha acrecentado la deliberación social sobre el papel de los medios en la cobertura de los temas de seguridad ciudadana, además de sus responsabilidades en el tema.

Un diseño del papel de los medios de comunicación en el tema de la seguridad ciudadana debería llevarse a cabo a través de procesos que integren diversas iniciativas y que además ponga en juego ambos campos de acción de manera relacionada.

⁴⁶ Calandria en Perú y la propia Veeduría han publicado varios trabajos, algunos de ellos bajo la dirección de Rosa María Alfaro.

